

En línea con la UNIDAD

de Investigación
y Acusación

Revista Virtual

Yuly González o la historia de la lideresa indígena que tomó su bastón de mando para proteger a su comunidad de la guerra

El abrazo que sana: presencia constante para restaurar la vida después del conflicto

El infame asesinato por parte de militares del desmovilizado Luis Eduardo Escalante

Un trimestre positivo para la UIA: nuevas sedes en Cali y Yopal

Crónica de un viaje al corazón de la Orinoquía: Cumaribo, el gigante rojo del Vichada que late con esperanza en la paz

Cuando la voz se encuentra con la escucha: reseñas de un tejido que se rearma

“Mi liderazgo sirvió para salvar mi propia vida”: dice mujer víctima de La Guajira

De cómo el sargento Coral empezó a pecar y se enseñó a convivir con la muerte



Dirección UIA

Giovanni Álvarez Santoyo

Dirección Revista Virtual UIA

Jairo Alfonso Barón Hernández

Redacción e investigación

Jairo Alfonso Barón Hernández

Paola Hernández Peñuela

Libardo Cardona Martínez

Margarita Barreneche Ortiz

Luisa Robayo Acevedo

Ximena Bernal Ortiz

Mónica Julieta González Valcarcel

Helen Dayana Bohórquez Quintero

Angie Melissa Arévalo

Fotografía

Laura Valentina Rodríguez Montoya

Geraldinne Puentes Camacho

Luisa Robayo Acevedo

Camila Villegas

Orlando Pantoja

Diseño y diagramación

Diego Alba Patiño

Colombia

2026



Contenido



*Crónica de un viaje al corazón de la Orinoquía:
Cumaribo, el gigante rojo del Vichada que late
con esperanza en la paz*

Página 2



*Yuly González o la historia de la lideresa
indígena que tomó su bastón de mando para
proteger a su comunidad de la guerra*

Página 8



*Cuando la voz se encuentra con la escucha:
reseñas de un tejido que se rearma*

Página 14



*El abrazo que sana:
presencia constante para restaurar
la vida después del conflicto*

Página 20



*“Mi liderazgo sirvió para salvar
mi propia vida”:
dice mujer víctima de La Guajira*

Página 26



*El infame asesinato por parte
de militares del desmovilizado
Luis Eduardo Escalante*

Página 34



*De cómo el sargento Coral
empezó a pecar y se enseñó
a convivir con la muerte*

Página 38



*Un trimestre positivo para la UIA:
nuevas sedes en Cali y Yopal*

Página 46

Crónica de un viaje al corazón de la Orinoquía:

Cumaribo, el gigante rojo del Vichada que late con esperanza en la paz



El Director de la UIA_JEP, Giovanni Álvarez Santoyo, junto con un equipo interdisciplinario de profesionales de la entidad, acompañado por las autoridades civiles y la Fuerza Pública en Cumaribo (Vichada), en el marco de las jornadas de Participación Social y de relacionamiento institucional.

El mapa de Colombia engaña. Desde Bogotá hasta Cumaribo hay exactamente 608 kilómetros. En época seca, un vehículo 4x4 puede devorarlos en unas 16 horas de carretera. Pero cuando llegan las lluvias, el mismo trayecto se transforma en una prueba de resistencia que puede durar entre dos y diez días. El barro se traga las ruedas, los ríos crecen como bestias y la llanura se vuelve un laberinto de agua y paciencia.


Desde Villavicencio, la puerta natural de los Llanos, la distancia se reduce a 490 kilómetros y, en condiciones normales, a 13 horas de viaje. Desde Puerto Carreño, la capital del Vichada, el recorrido es aún más épico: 750 kilómetros que obligan a bordear el Vichada, cruzar Arauca y Casanare y entrar y salir del Meta para regresar finalmente al Vichada. Más de 24 horas de polvo, calor y curvas que parecen no terminar nunca.

Por eso, la mayoría elige el cielo. Pequeños aviones de cinco pasajeros son la vía más directa y, a veces, la única sensata. En el aeropuerto Vanguardia de Villavicencio los pasajeros son pesados como sacos de maíz antes de embarcar. Si alguien supera los 75 kilogramos, paga por cada kilo de más. El equipaje de mano no puede pesar más de 10 kilogramos. No hay espacio para maletas grandes ni para dudas. El avión es una cápsula frágil que promete llevarlo a un lugar donde la tierra misma parece hablar.

El despegue es un suspiro de alivio. Abajo, el paisaje llanero se abre como un libro infinito. Disfrutar desde el aire es extasiarse con la inmensidad de la llanura. Campos y campos de palma africana se extienden como un mar verde oscuro, ordenados y eternos.

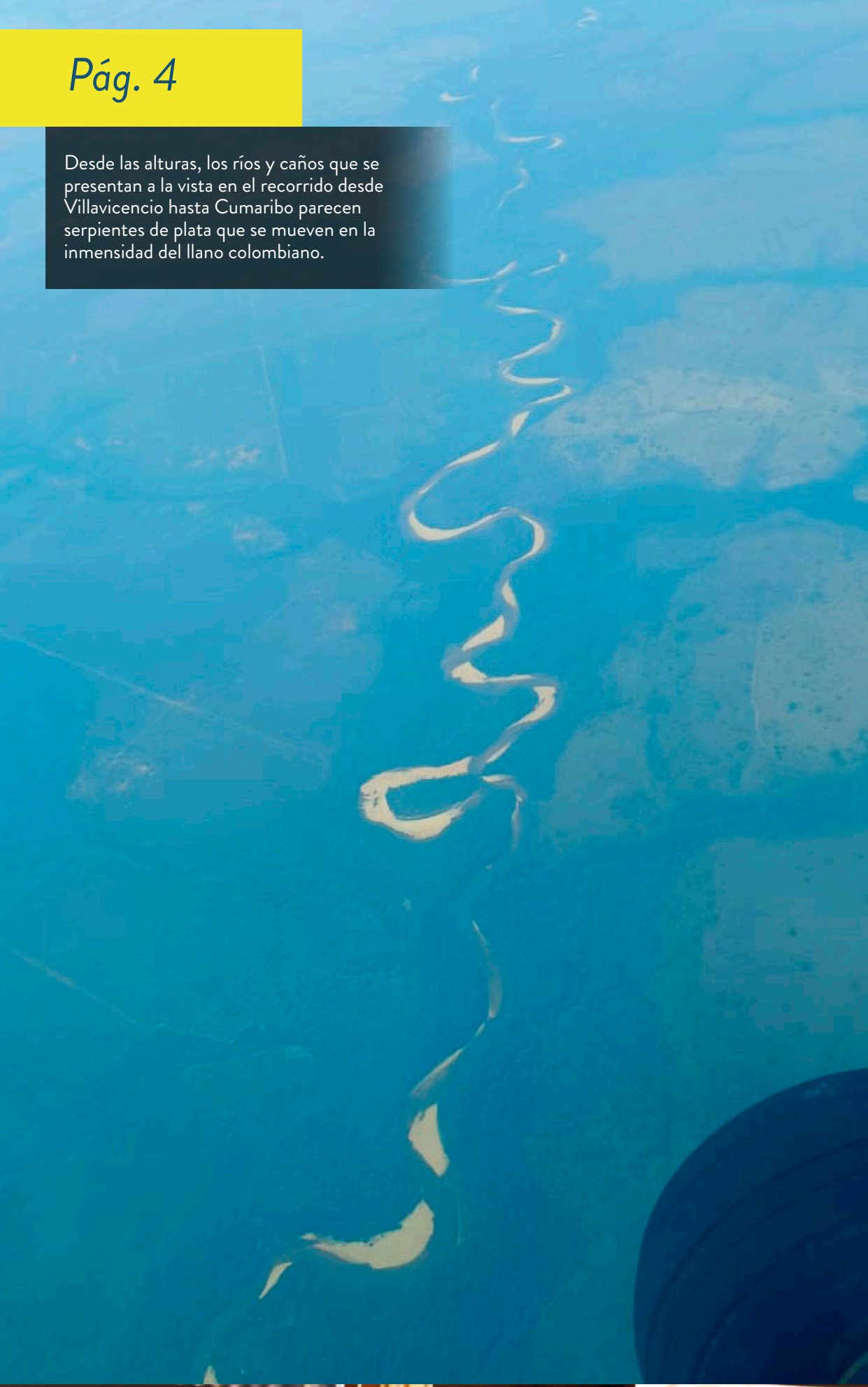
Caudalosos ríos y caños serpentean perdidos en medio de la nada, y brillan como venas de plata bajo el sol. El verde y el azul se funden en el horizonte hasta donde la vista se rinde. No hay montañas que interrumpan, solo esa línea perfecta donde el cielo besa la tierra. El viento se cuela por las uniones de las ventanillas, que no alcanzan a ser herméticas, y al olfato llega el olor a pasto mojado y a distancia.

De pronto, después de unas dos horas de viaje, la avioneta vira hacia la izquierda. El piloto señala con la mano. De frente aparece la pista de aterrizaje de Cumaribo: un trazo de color rojizo que corta el verde intenso de la vegetación como una cicatriz viva. La tierra es ocre, casi de un vivo carmesí. El avión desciende, las ruedas tocan el suelo con un golpe seco y el polvo rojo se levanta en una nube que envuelve todo.



Las polvorientas calles de Cumaribo, incluso las que están pavimentadas, están teñidas por un persistente polvo color rojizo, que se pega en la ropa e incluso en la piel de quien se aventura a recorrerlas bajo el inclemente sol.

Desde las alturas, los ríos y caños que se presentan a la vista en el recorrido desde Villavicencio hasta Cumaribo parecen serpientes de plata que se mueven en la inmensidad del llano colombiano.



El director de la UIA, Giovanni Álvarez, escuchó de doña Carmen Elisa todas las tragedias que le dejó el conflicto armado. Ella tiene un restaurante al lado de la pista aérea de Cumaribo.

¡Bienvenidos a Cumaribo!

Al lado del sitio de parqueo de los pequeños aviones hay dos casas levantadas con tablas, que son improvisados restaurantes de bienvenida. Una de ellas pertenece a doña Carmen Elisa. La mujer se prodiga en atenciones. Sirve el desayuno con la generosidad de quien sabe lo que cuesta llegar hasta aquí: caldo que sabe a gloria, huevos al gusto, café negro y arepas calientes que se deshacen en la boca.

Desde la ventana de la cocina, doña Carmen Elisa saluda a Giovanni Álvarez Santoyo, director de la Unidad de Investigación y Acusación, y luego le cuenta su historia con voz pausada y ojos que se humedecen. Ha sido golpeada duramente por el conflicto armado. La guerra le arrebató varios seres queridos. Aun así, se expresa con bondad. En medio de las lágrimas dice que no pierde la esperanza de que algún día, por fin, Colombia pueda vivir en paz. Sus palabras no son un discurso. Son una oración cotidiana, repetida entre platos y sonrisas.

El calor es abrasador. Bordea los 40 grados centígrados desde temprano. La vía que va desde la pista de aterrizaje hasta el pueblo es amplia y del mismo color rojizo de la pista. Todos los carros tienen ese mismo tinte ocre, como si la tierra los hubiera marcado para siempre.

El polvo cubre carrocerías, zapatos, pantalones y hasta las cejas de quienes se atreven a caminar bajo el sol calcinante. Es un polvo que no se va con el primer lavado. Se queda en la piel y en la memoria.

Cumaribo no es un municipio cualquiera. Tiene 74 mil kilómetros cuadrados. Es más grande que la mayoría de los departamentos de Colombia. Por ejemplo, supera a Antioquia, que cuenta con poco más de 63 mil kilómetros cuadrados.

Pero su tamaño no se detiene ahí. Es más extenso que muchos países del mundo: mayor que Suiza, con algo más de 41 mil kilómetros cuadrados; más grande que Costa Rica, que tiene 51 mil 100 kilómetros cuadrados, y mucho más extenso que El Salvador, que apenas alcanza los 21.041 kilómetros cuadrados.

Sin embargo, su población total ronda los 86 mil habitantes. El casco urbano apenas lo ocupan unas 3.600 personas. El resto vive disperso en comunidades lejanas, especialmente en resguardos indígenas. Es un territorio inmenso y, al mismo tiempo, íntimo.

El alcalde es Armel Caracas Viveros. Nació en Cali, pero vive en el Vichada desde hace 30 años. Es un firmante de la paz que llegó al cargo por voto popular. Su presencia misma es un

símbolo: un hombre de la ciudad que eligió quedarse en la llanura y trabajar por la reconciliación.

En el pueblo, algunas vías ya están pavimentadas. La mayoría siguen destapadas y todas comparten ese mismo color rojizo que parece pintado por la naturaleza. Nadie en Cumaribo puede explicar con certeza qué clase de elemento está presente en el suelo para darle ese tinte tan particular a la tierra. Es un misterio local que se acepta con naturalidad.

En algunas calles, especialmente las de doble vía con separador, se ve la tierra removida. Trabajadores realizan la acometida de las redes de acueducto y alcantarillado, paso previo a la pavimentación definitiva. El progreso avanza despacio, pero avanza.

Los dueños de almacenes de víveres, depósitos de materiales y otros comercios observan en silencio el paso de los visitantes. Sentados bajo la sombra de los aleros, se protegen de las altas temperaturas y comentan con la mirada. Todos hablan mucho. El calor invita al silencio.

En una pequeña calle de doble vía, al final del pueblo, hay un hotel cuyo dueño recibe a los viajeros con una amabilidad desbordante. No es solo un lugar para dormir. Allí confluyen huéspedes y lugareños que van a almorzar el clásico corrientazo, a comer algo rápido o, simplemente, a ver partidos de fútbol en la televisión. El ambiente es familiar, casi familiar de familia grande.

Más adelante, en un local esquinero con piso empedrado y sin paredes por los lados, está el restaurante de doña Martha. Allí se



En la reunión interinstitucional que encabezó, el Director de la UIA_JEP, Giovanni Álvarez, enfatizó en la obligación que tienen todas las entidades del Estado para con las víctimas del conflicto armado, como condición para consolidar la paz del país.



La playa del río Vichada, de fina y cálida arena blanca, se convierte cada año en escenario del festival del Cumare. Las toninas o delfines rosados se dejan ver ocasionalmente de los visitantes, jugueteando entre las aguas cristalinas de este río.

reunieron las autoridades civiles del municipio, el comandante militar de la zona, el comandante de la Policía y el director de la UIA. La conversación es seria pero esperanzadora. Los asistentes coincidieron en que hay que hacer esfuerzos interinstitucionales para consolidar lo establecido en el Acuerdo de Paz y aunar fuerzas en favor de las víctimas del conflicto armado. No son palabras vacías. Son compromisos que se sellan con el sudor del mediodía.

Los cumaribeños cuentan que cada año en su municipio se realiza el Festival del Cumare, que exalta la riqueza cultural tanto del llanero como de las comunidades indígenas. El festival concita a lugareños y visitantes en las playas del río Vichada, ubicadas a solo 15 minutos del casco urbano. Esas playas de arenas blancas y cálidas podrían ser la envidia de cualquier playa a la orilla del mar.

En las cristalinas aguas del Vichada nadan juguetonas las toninas, es decir, los delfines rosados. Es un espectáculo que deja sin aliento a propios y extraños. El rosa de los delfines contrasta con el verde de la orilla y el azul del cielo. La gente aplaude, ríe, canta. Por unas horas, el pasado duele menos.

En esta zona de Colombia el Llano se adentra en la Orinoquía, que se extiende hasta Puerto Carreño y va más allá del límite con Venezuela. Aquí las comunidades han entendido la importancia de cuidar el medio ambiente. A través de proyectos de sostenibilidad obtienen bonos verdes al cumplir estándares internacionales por la baja emisión de carbono.

Además, la economía de Cumaribo ha migrado de los cultivos ilícitos hacia el desarrollo sostenible y la producción agropecuaria. Se trata de un “municipio energético”, con una alta generación de electricidad a través de paneles solares. Se conjuga con la ganadería, la producción de plátano, yuca y marañón, junto con la pesca turística que atrae a aficionados de todos los rincones del mundo.

En el centro del municipio, en un amplio centro cultural de la comunidad indígena, se reunieron medio centenar de víctimas del conflicto armado, provenientes de los diferentes rincones del municipio. Todas compartieron el espacio con el fiscal Álvarez Santoyo, y con una decena de servidores de los diferentes grupos misionales de la entidad.

Al final del encuentro, los asistentes expresaron satisfacción porque dieron un paso más hacia la reconstrucción del tejido social, luego del daño causado por el conflicto. Pidieron que, lo más pronto posible, la UIA les programe un segundo taller que les permita obtener más insumos para la restauración de los lazos que se construyen en sociedad, para replicar en sus comunidades.

Mientras tanto, en la cabecera de la pista de aterrizaje, ingenieros militares adelantan trabajos para ampliarla 1.200 metros. Eso ha obligado al cierre temporal del aeropuerto durante tres meses. Antes de la clausura programada, la salida de los dos últimos aviones de cinco pasajeros cada uno se hace de forma apresurada.

“La escena parece sacada de una película de Indiana Jones”, comentó con una sonrisa un ocupante de uno de los aparatos, mientras corría hacia la escalerilla.

Desde el pequeño avión, el paisaje de esa bella tierra se despliega una vez más. Nostálgicamente, en el terreno se ve la sombra del pequeño avión que va tomando altura al alejarse. Atrás queda una población cuyos habitantes acogen a los visitantes con toda la hospitalidad del mundo.

Cumaribo fue fundado en 1959 por José Nicolino Mattar. Es uno de los cuatro municipios que tiene el Vichada, junto con la capital Puerto Carreño, La Primavera y Santa Rosalía, nombres que suenan a promesa y a frontera. Esta tierra, que luce alejada de los grandes centros poblados, se queda clavada en el corazón de quien la visita.

Es ejemplo vivo de que se debe y se puede insistir en la reconciliación de los habitantes de este país llamado Colombia, para que algún día las próximas generaciones puedan disfrutar en paz de su belleza y de todas las posibilidades que ofrece.

Desde la ventanilla de la avioneta, abajo la mancha rojiza de la pista se hace más pequeña. El verde y el azul vuelven a fundirse. Pero algo se queda: la certeza de que en Cumaribo, entre el polvo rojo y el río que canta, Colombia está intentando escribir un nuevo capítulo. Uno donde el calor no queme solo la piel, sino que temple el alma. Uno donde la distancia no sea olvido, sino invitación a volver.



A medida que la pequeña aeronave se eleva, en el terreno su sombra se refleja y al viajero lo invade la nostalgia por marcharse de Cumaribo y dejar atrás la belleza de esta tierra enclavada en lo profundo del llano.

Yuly González

o la historia de la lideresa indígena que tomó su bastón de mando para proteger a su comunidad de la guerra

Yuly Viviana González es símbolo de autoridad y resistencia, representa a su comunidad indígena en medio de las huellas del conflicto.



Yuly Viviana González Moreno sonríe con serenidad. Su voz es pausada pero firme. Se mantiene dispuesta a compartir su historia, la misma que está cargada de capítulos que no desea repetir como víctima del conflicto armado en Colombia.

Lleva en la cabeza el Nasa çxhwã, el sombrero que honra su identidad y conexión con la tierra, y en sus manos sostiene con determinación su bastón de mando como símbolo de autoridad, pero también de resistencia.

Es el mismo que ha tomado con firmeza desde hace ocho años, o el tiempo que lleva como gobernadora del cabildo indígena Dxi'J Pha'Dena —“Abriendo caminos” — del corregimiento de Pance, perteneciente al pueblo Nasa del departamento del Valle del Cauca.

Habla desde la memoria, aunque reconoce que las huellas del conflicto no se borran del presente. Su historia — escuchada en Cali durante un Encuentro Territorial de Participación Social que fue organizado por el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP— no es solo suya.

Es, sin duda, la de muchas comunidades indígenas golpeadas por la guerra.

Yuly Viviana González tiene 41 años y es la tercera de cinco hermanos. Nació en una finca del corregimiento de La Buitrera, en Cali.

Su infancia estuvo marcada por el miedo. Ella recuerda con temor los momentos en los que, junto a su familia, tenía que buscar un lugar seguro dentro de su propia vivienda para proteger sus vidas.

“Vivíamos al frente de una base militar y solo eso ya” les complicaba la vida a los González Moreno, dijo. Los enfrentamientos y hostigamientos protagonizados por el Ejército y la guerrilla eran frecuentes.

“Para mí era horrible. Me daban ataques de nervios porque se escuchaban muchísimos disparos y teníamos que correr a escondernos debajo de las camas por miedo a una bala

perdida”, contó Yuly González.

Eran años en los que el conflicto no solo se escuchaba en las noticias: en el caso de la familia González Moreno se vivía dentro de su propia casa.

Así que —junto a sus padres y hermanos— intentó huir. Se mudaron buscando tranquilidad, pero la guerra parecía seguirlos. Los grupos armados merodeaban todo el pueblo como si fueran una familia más de ese territorio.

“Uno veía caminar a los guerrilleros. Se veían por todos lados. Hacían disparos y luego corrían por todo el corregimiento en medio de la gente. Eran momentos de mucha tensión”, recordó la gobernadora indígena.

Emprendieron una segunda mudanza, esta vez al corregimiento de Pance, en Cali, pero la realidad no cambió. El miedo no cedía y la violencia volvió a tocar su puerta.

Uno de los episodios más dolorosos ocurrió en ese mismo territorio, cuando su madre se recuperaba de una cirugía.

Vivían en un espacio que su padre había conseguido, pero —de acuerdo con el relato de Yuly— después de 10 años de habitarlo aparecieron los supuestos dueños de los predios que, en medio de amenazas, les exigieron abandonar el lugar.

“Unos hombres armados entraron a la casa y le apuntaron a mi papá en la cabeza. A nosotros nos encerraron en los cuartos, nos quitaron los celulares y nos dieron ocho días para irnos”, agregó.

No hubo opción. Una vez más, la familia dejó atrás su hogar. *“No era solo la casa, eran los sueños, los proyectos, la vida”*. Entonces se asentaron en otro lugar, sin servicios públicos. Les tocó empezar de cero una vez más.

El desplazamiento no era nuevo en su historia familiar. Sus padres también habían sido víctimas en Nariño, de donde salieron corriendo por amenazas. Así, la guerra en su vida no fue solo una suma de episodios, sino una historia que había comenzado incluso antes de su nacimiento.

Otro destino para Yuly

Yuly encontró en la docencia un camino para sanar. Durante 14 años enseñó a niños y niñas y sembró en ellos y ellas valores en medio de un territorio marcado por la violencia.

Pero la historia le tenía otro destino.

Tras nuevas presiones y desplazamientos en Pance, varias familias decidieron organizarse. De esa unión nació una asociación que, en 2019, la eligió gobernadora del cabildo indígena Dxi'J Pha'Dena "Abriendo caminos", perteneciente al pueblo Nasa.

"Soy la autoridad de mi pueblo. He sido reelegida para ser la voz de 44 familias con las que luchamos durante años para que nos reconocieran", precisó.

Pero asumir el liderazgo también la expuso a nuevas amenazas. Ya no eran solo los grupos armados. Ahora también enfrentaba la estigmatización. *"Decían que nos estábamos apropiando de tierras, que éramos guerrilleros y nos insultaban",* indicó.



Yuly sostiene una vela entre sus manos, como símbolo de la luz que encendió durante el Encuentro Territorial de Participación Social de la UIA, y con la que manifestó su disposición de sanar y seguir guiando a su comunidad.



Yuly González tiene claro que se convirtió en lideresa por el cúmulo de injusticias con su comunidad. “A pesar de lo que viví, sueño el bien para mi comunidad. Aquí uno llora, ríe, se moja, se asolea, pero creo que he hecho un buen trabajo defendiendo a mi pueblo y sus derechos”, dice.

En defensa de su comunidad

La guerrilla ha intentado reclutar jóvenes de esta comunidad indígena, pero la líder del cabildo ha dicho con seguridad, en todos los espacios: *“Nuestros jóvenes son de nosotros”*.

También están presentes hechos que siguen doliendo en la memoria colectiva. *“Miembros del Ejército mataron al hermano de uno de mis comuneros cuando tenía 17 años. Lo encontraron colgado de un árbol, con marcas de maltrato. El responsable fue un comandante del Ejército Nacional. Él lo aceptó”,* comentó sobre este lamentable episodio.

Las desapariciones también tienen su huella. *“En Pance hay personas que nunca volvieron. Se los*

llevaron y nunca regresaron. Al papá de uno de mis comuneros nunca lo encontramos. No sabemos si fue la guerrilla o el Ejército”, puntualizó.

Ese cúmulo de injusticias fue el que terminó de forjar su decisión. *“Hoy soy líder después de ver tantas injusticias. A pesar de lo que viví, sueño el bien para mi comunidad. Aquí uno llora, ríe, se moja, se asolea, pero creo que he hecho un buen trabajo defendiendo a mi pueblo y sus derechos”*.

Su madre, sin embargo, sigue teniendo miedo: a ella *“le preocupa que yo lidere estos procesos, y yo la entiendo porque en Colombia liderar también puede ser un riesgo”*.

Hay que avanzar porque la vida continúa

Cuando Yuly González habla de la guerra reflexiona: *“Deja recuerdos muy negativos, pero no podemos quedarnos ahí en el dolor, porque así no avanzamos. El propósito es seguir, porque la vida continúa”*, afirmó con total convicción.

Hoy, con su bastón de mando en las manos, no solo representa autoridad. También encarna la resistencia de un pueblo que, a pesar de la violencia, sigue abriendo caminos y ganando representación y visibilidad.



Con actitud abierta y disposición, la líder indígena se involucró en cada momento del taller, reafirmó su compromiso con el crecimiento personal y encontró en ese espacio herramientas para seguir liderando con esperanza.





Junto a los demás participantes del taller, Yuly González tejió confianza e intercambió saberes y conocimientos que, al final, abrieron caminos para transformar el dolor en propósitos.



Yuly González, durante la entrevista con la oficina de prensa de la Unidad de Investigación y Acusación.

Cuando la voz se encuentra con la escucha: reseñas de un tejido que se rearma

En tres departamentos de Colombia —Vichada, Valle del Cauca y Casanare—, la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP (UIA) ha sembrado diálogo donde antes hubo silencio. 114 víctimas, campesinos, indígenas, afrocolombianos y hasta miembros de la Fuerza Pública, compartieron la misma mesa. No para señalarse, sino para reconocerse. Esta es la historia de una participación que duele, pero también repara.

Yopal: donde la memoria se sienta en círculo

Era una mañana cualquiera en Casanare, pero en Yopal algo diferente estaba por ocurrir. Llegaron de todas partes: de Tauramena, Aguazul, Villanueva, Chámeza, Puerto López. Hombres y mujeres de manos trabajadoras, de miradas que guardan historias no contadas. 37 víctimas, en su mayoría campesinas e indígenas, ocuparon sus sillas no como espectadores, sino como protagonistas.

No vinieron por casualidad. Vinieron porque la desaparición forzada les había arrebatado algo más que un cuerpo: les había robado la certeza. Y en ese vacío, el encuentro con el otro se volvió un acto de resistencia.

Allí, en ese círculo de voces temblorosas pero firmes, la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP no solo explicó su misión. Hizo algo más profundo: escuchó. Y la escucha, cuando es genuina, empieza a deshacer el nudo del abandono.

Los participantes no solo hablaron de sus pérdidas. También contaron cómo, a punta de organización colectiva, habían encontrado en el vecino un sostén. Porque cuando el Estado tardó en llegar, ellos ya habían aprendido a sostenerse entre sí.

La jornada terminó con un acto simbólico: nombrar a los desaparecidos. Porque nombrar es existir. Y existir, en medio del horror, es ya un primer paso hacia la verdad.



En el encuentro de participación social en Yopal, mujeres víctimas construyen memoria de manera colectiva, pegando piezas que representan la unión, la resistencia y la esperanza.



Entre la pluriculturalidad, Blanca Ríos, representante de los pueblos indígenas, expresa que para ella una parte de su reparación está centrada en volver a su territorio en paz y en que los familiares desaparecidos puedan retornar a su hogar.



El encuentro de participación social cierra como un tejido colectivo: voces indígenas, afrodescendientes y campesinas convergen en un mismo espacio de diálogo, dejando como resultado un balance compartido de aprendizajes, reconocimiento mutuo y satisfacción por lo construido.

Cali: el abrazo multicultural de la Sucursal del Cielo

En el Valle del Cauca, la capital también fue testigo de un encuentro que olía a café, a río y a memoria. 33 víctimas llegaron a Cali, pero no llegaron solas: trajeron consigo las voces de sus comunidades. Había campesinos, indígenas Embera y Wounaan, y hombres y mujeres afrocolombianos. La diversidad no fue un obstáculo. Fue, más bien, un espejo: cada cultura reflejaba una forma distinta de entender la guerra, pero también de imaginar la paz.

En ese espacio, los líderes y autoridades étnicas no solo recibieron herramientas pedagógicas. Se llevaron algo más valioso: la posibilidad de replicar en sus territorios lo aprendido. Porque la verdad no puede quedarse en un salón de reuniones; tiene que caminar por veredas, cruzar ríos y llegar hasta la última choza.

Allí se habló de reasentamiento, de reconstrucción comunitaria, de cómo volver a confiar cuando la confianza fue la primera víctima. Y aunque no hubo respuestas mágicas, sí hubo un pacto tácito: seguir tejiendo, aunque el hilo esté gastado.



Lideresa indígena ofrenda el espacio con el fuego sagrado que resguarda la memoria, entrelazando palabra ancestral y luz de origen para dar inicio al encuentro de participación social en Cali, en un acto de memoria y dignidad.

Cumaribo: donde el Ejército y las víctimas compartieron la misma silla

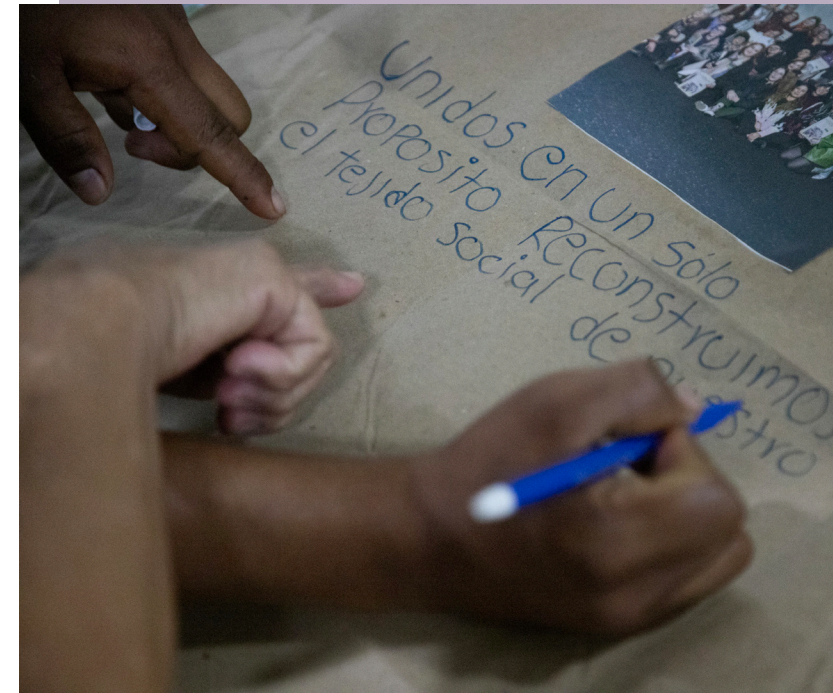
Si hay un lugar en Colombia donde la palabra "abandono" tiene dirección exacta, ese es Cumaribo, Vichada. El municipio más extenso del país, pero también uno de los más olvidados. Llegar allí es una hazaña. Quedarse, una declaración de principios.

Pero la UIA llegó. Y lo que ocurrió fue, cuando menos, histórico. 44 personas se dieron cita. 42 víctimas campesinas e indígenas. Y, por primera vez, 2 integrantes del Ejército Nacional sentados en la misma mesa, escuchando las mismas historias, respirando el mismo aire de dolor y esperanza.

Nadie imaginó que eso fuera posible. Pero ocurrió.

En ese encuentro no hubo uniformes ni vendas en los ojos. Hubo personas. El diálogo fluyó con respeto, con rabia contenida, con lágrimas silenciosas. Y también con preguntas incómodas. Pero al final, algo cambió: es el reconocimiento del otro como ser humano.

Ese día, Cumaribo dejó de ser solo un punto en el mapa. Se convirtió en un símbolo: el de la posibilidad de encontrarse, incluso después de todo.



En Cumaribo, las víctimas recordaron que el tejido social no nace en el aislamiento, sino en el encuentro de manos, voces y memorias que, al unirse, comienzan a entrelazar caminos de reconciliación y esperanza.



Así terminó el encuentro en Cumaribo: con sonrisas que comenzaron a transformar la historia y una institucionalidad presente que encendió esperanza en las víctimas; cuando el Estado escucha, empieza a reconstruirse la confianza y a abrirse camino.



“En el encuentro de participación social en Cali, el director de la UIA, Giovanni Santoyo, estrecha las manos de líderes indígenas del pueblo Wounaan, en un gesto donde el reconocimiento y el diálogo se tejen como caminos de confianza.”

Tejer con presencia: el compromiso que no se va

¿Qué tienen en común Yopal, Cali y Cumaribo? No solo la guerra. También la voluntad de no rendirse.

A través de su iniciativa de participación social territorial liderada por la dirección de la UIA y materializada por su equipo de relacionamiento y comunicaciones, se ha venido entendido algo fundamental: no se puede reparar desde el escritorio. Hay que ir al territorio y no una vez sino repetirlos cuanto más sea posible. Hay que sentarse en la misma banca, tomar el mismo tinto, mirar a los ojos.

Estos encuentros no son eventos aislados. Son semillas. Porque cuando una víctima sabe que existe una institución que regresa, que no aparece una vez y se va para siempre, algo cambia en su interior. La confianza, esa tela tan frágil, empieza a recomponerse.

Y es que la participación social territorial no es un requisito burocrático. Es un acto de justicia. Es devolverle a quien perdió toda la certeza de que su voz importa.

La reparación empieza por ser escuchado

Lo que ocurrió en estos tres departamentos no fue un taller más. Fue un recordatorio de que, por más profunda que sea la herida, siempre hay un hilo dispuesto a ser tejido de nuevo.

Las víctimas no pidieron lástima. Pidieron verdad. Pidieron presencia y presencia constante. Pidieron que no las vuelvan a abandonar.

Y la UIA, con estos encuentros, está dando una respuesta que resuena en cada rincón del país.

Porque la paz no se decreta desde lejos. Se construye en cada diálogo, en cada abrazo tardío, en cada silencio que por fin se atreve a hablar.

Así, paso a paso, territorio a territorio, la participación social se convierte en ese puente que une el dolor con la esperanza. Y el tejido social, aunque roto, sigue siendo tejido. Porque mientras haya quien escuche, siempre habrá quien tenga algo que decir.

Y mientras haya algo que decir, la memoria seguirá viva. Y los procesos de reconstrucción de la verdad, aunque a veces a retazos, son posibles.



En el corazón de Cumaribo, donde la memoria duele pero también florece, se encontraron miradas que antes caminaban en orillas opuestas. Víctimas del conflicto armado y miembros de la fuerza pública compartieron un mismo espacio, no desde el olvido, sino desde la valentía de reconocerse.

El abrazo que sana:

*presencia
constante para
restaurar la
vida después
del conflicto*



Cecilia Rodríguez, su principal motivación: generar vínculos afectivos y una presencia constante para la infancia más vulnerable. Desde la Fundación Abrázame, Cecilia impulsa programas de acompañamiento en residencias y hospitales, convencida del poder del apego

Entrevista a Cecilia Ramírez, Co-fundadora de la Fundación Abrázame (Chile), por la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP (UIA)

En el marco de los esfuerzos por encontrar herramientas de reparación emocional para las víctimas del conflicto armado en Colombia, dialogamos con Cecilia Rodríguez, co-fundadora de la Fundación Abrázame en Chile, organización que durante 10 años ha acompañado a niños, niñas y adolescentes en situación de abandono. Su experiencia nos invita a pensar en el abrazo —no solo como gesto físico, sino como símbolo de presencia constante— como una ruta posible para sanar heridas profundas, incluso en la adultez y en comunidades rotas por la guerra.



Contadora Auditora y MBA, Cecilia Rodríguez llegó como voluntaria al programa Abrázame en 2017. Hoy lidera como Directora Ejecutiva la Fundación que cofundó, dedicada a transformar la realidad de niños y niñas en hogares de protección de Chile.

UIA: Cecilia, en Fundación Abrázame trabajan directamente con niños y niñas en situación de abandono en Chile, creando vínculos afectivos a través del abrazo. En Colombia, también pensamos en esta herramienta para sanar a adultos que vivieron el desarraigo y la pérdida del conflicto. ¿Cómo podemos trasladar esa lógica del ‘abrazo que sana’ de la infancia a la adultez? ¿Se transforma el abrazo?

Cecilia Rodríguez: A lo largo de nuestra experiencia —ya van a ser 10 años acompañando niños que viven en residencias de protección y que han sido alejados de sus familias por graves vulneraciones a sus derechos— hemos visto que la necesidad de vincularse no desaparece con la edad. Un adulto también necesita sentirse visto, reconocido y contenido para poder sanar lo que haya vivido. Ese abrazo en la adultez muchas veces no es solo físico, no es solo el gesto de abrazar: es desde la presencia, la escucha, la constancia. El abrazo simboliza ese quedarse, el no irse; es el vínculo permanente, la estabilidad y seguridad que necesita un adulto. No es solo el gesto de abrazar, es la seguridad que genera la constancia de la persona que abraza a otro.

UIA: Ustedes mencionan que buscan crear un entorno de amor y contención donde muchas veces solo ha habido silencio o dolor. Para un adulto que ha crecido en medio del conflicto, donde el silencio fue una forma de protección, el abrazo se convierte en un lenguaje nuevo. ¿Cómo ‘habla’ el abrazo? ¿Qué dice que las palabras no pueden decir en esos procesos de restauración emocional?

C.R.: El abrazo, para nosotros, está muy ejemplificado en la presencia. Para guiar a alguien a través del abrazo se necesita la presencia con constancia no intermitente. Cuando se es pequeño, uno está muy receptivo a los abrazos, pero a medida que crece —desde la adolescencia y la adultez—, si no hay presencia coherente se genera un silencio que se convierte en rigidez, en que no quieres que te toquen, en no poder establecer relaciones sanas. Ahí aparece la permanencia: el “no me voy” a pesar de que no te dejas contener o abrazar. Yo sigo aquí y voy a estar aquí para ti el tiempo suficiente para que la persona pueda abrirse. Y no se trata de quedarse ahí parado, sino de entrenarse para generar confianza en eso. Nosotros tenemos voluntarios entrenados que vuelven y vuelven todos los años. Hay voluntarios que van todos los días, y esa consistencia es la que finalmente permite conectar con el otro. En el caso de

quienes han sufrido desarraigo, es clave tener una red de apoyo permanente, constante; no que vayas un día y vuelvas dentro de un año.

UIA: En su experiencia con niños y jóvenes en hogares de protección, ¿cómo identifican el momento adecuado para ofrecer ese abrazo? ¿Hay una ‘pedagogía’ para acercarse a alguien que quizás ha vivido el contacto físico asociado al peligro o al abandono? ¿Qué recomendaciones le darías a un familiar o cuidador en Colombia de un adulto que sufrió el conflicto y se muestra distante o ‘endurecido’?

C.R.: Hay que ser respetuosos del espacio personal de quien se va a abrazar. Siempre hay que decirles y preguntarles; es muy importante. No se fuerza el abrazo. El abrazo nace del proceso de confianza generado por la presencia constante. Preguntarles es fundamental. A veces estamos en eventos donde los participantes lloran, y uno pensaría que por ser adultos basta con ir y abrazarlos para que la persona pueda bajar su nivel de ansiedad. Pero lo que vemos es que muchas veces eso abre nuevas heridas, incluso genera rabia o una reacción negativa porque le recuerda algo doloroso. Es muy importante establecer una confianza previa antes de tocar a alguien.

UIA: Cuando se habla de memoria y reconciliación en el contexto colombiano, a veces las víctimas sienten que se revive el dolor. Ustedes hablan de ‘contención’. ¿Cómo diferencia un abrazo que ‘contiene’ y ayuda a procesar el dolor, de un gesto que podría abrir una herida sin tener la capacidad de cerrarla?

C.R.: La clave está en la estabilidad del vínculo. Si yo voy una vez con la herramienta del abrazo a hacer este ejercicio con alguien y, por alguna razón, no vuelvo, eso lo que genera es un nuevo abandono o una nueva herida. Por eso quienes lideramos estrategias de reparación emocional debemos ser muy cuidadosos a la hora de seleccionar el personal que va a integrar este tipo de acciones. No podemos ir y volver al año, porque eso genera nuevas frustraciones y de ahí, la desconfianza. No cualquier persona puede hacer estas acciones.

UIA: Su fundación en Chile se basa en el voluntariado. En Colombia, son muchas las personas (fundaciones, líderes sociales,

El contacto físico y la calidez de un abrazo son el corazón del modelo de Fundación Abrázame. Cecilia Rodríguez, cofundadora y Directora Ejecutiva, sostiene en sus brazos lo que más valora: la oportunidad de construir apego seguro para cada niño y niña que vive en hogares de protección en Chile.



Transformar espacios también es transformar vidas. Cecilia, contadora auditora y voluntaria de corazón, pinta con sus propias manos una de las habitaciones de la fundación. Cada rincón pensado para ser un entorno de amor, contención y experiencias positivas para la infancia más vulnerable.



“El vínculo no es un lujo, es una necesidad”. Cecilia inspira a nuevas generaciones de voluntarios a sumarse a Fundación Abrázame, donde cada abrazo, cada visita y cada palabra construyen esperanza real para la infancia chilena.



Con mirada de contadora y corazón de voluntaria, Cecilia Rodríguez explica cómo el acompañamiento afectivo mejora el bienestar de niños y niñas que viven en residencias. Su liderazgo combina gestión estratégica y profunda sensibilidad social.

psicólogos, familiares) que ejercen como «contenedores» de las víctimas. Ustedes que forman voluntarios, ¿cómo preparan a la persona que da el abrazo? ¿Cómo se cuida a ese «abrazador» para que no se desborde con el dolor que recibe y pueda sostener al otro sin caer?

C.R.: Lo primero es hacer una selección rigurosa de las personas que van a conformar los equipos de trabajo que trabajan la reparación emocional. Muchas veces estas personas terminan siendo parte de estos equipos para sanar un dolor propio, y en general este tipo de trabajo exige mucha energía para ayudar a sanar a otro. Si uno no está emocionalmente trabajado, es muy difícil poder ayudar a alguien que no lo está, para que se pueda dar una vinculación sana, el entrenamiento previo es clave. Debe existir un filtro para seleccionar a estas personas. Por eso también hay que hacer procesos de contención para los equipos de trabajo que realizan reparación emocional en otros. Si alguien está sobrepasado emocionalmente por escuchar historias muy duras, hay que actuar. Nos valemos también de la capacitación constante en trauma, desarrollo evolutivo, y cosas simples sobre cómo acercarse a alguien. Hacemos bastante prevención: no esperamos a llegar a la sobrecarga emocional en el equipo de trabajo.

UIA: Cecilia, en Colombia el conflicto no solo dañó individuos, dañó comunidades enteras. Hay pueblos que fueron arrasados, veredas donde todos perdieron a alguien, territorios donde el tejido social se rompió por completo. Cuando un grupo humano ha vivido eso, el dolor es colectivo. Y la sanación, si llega, también debe serlo. Ustedes en la fundación trabajan con niños, que son individuos, pero también construyen comunidad con ellos... ¿Existe algo así como el «abrazo colectivo»? ¿Cómo se abraza a un pueblo, a una comunidad que vivió una masacre o un desplazamiento masivo?

C.R.: Nosotros somos una comunidad. El abrazo colectivo se da cuando se hace comunidad, cuando se hace red. Las comunidades que han sufrido por violencia no solo pierden

seres queridos, pierden su comunidad, su red de apoyo. Hay que hacer espacios de cuidado comunitario. Cuando se promueve una escucha comunitaria de lo sucedido, de la memoria, y hay presencia constante, se puede ir reparando el tejido social sobre la base de la seguridad que da la constancia de las acciones, no realizando acciones aisladas.

UIA: Aquí en Colombia, como en gran parte de Latinoamérica, hay una carga cultural muy fuerte sobre los hombres: «los hombres no lloran», «los hombres son fuertes», «los hombres no se abrazan». Y muchas de las víctimas del conflicto son hombres: excombatientes, campesinos que vivieron la guerra, padres que perdieron sus hijos. Hombres a los que nunca les enseñaron a recibir afecto. ¿Cómo se aborda el abrazo como herramienta de sanación en poblaciones masculinas que han sido educadas en la dureza y la represión emocional?

C.R.: Es interesante: el 99% de las personas que hacen parte de acciones de reparación emocional son mujeres. Hay muy pocos hombres, precisamente por lo que dices. Y se extraña muchísimo la figura masculina a la hora de la reparación emocional, porque es una figura que puede ser contenedora pero al tiempo enseña los límites. Se debería potencializar muchísimo más el trabajo de reparación emocional entre los hombres.

UIA: Para terminar, si pudieras dejar una idea fuerza en nuestros lectores colombianos, muchos de ellos víctimas o acompañantes de víctimas del conflicto, sobre cómo empezar a sembrar esperanza a través del afecto en su vida diaria. ¿Cuál es la primera semilla que podemos plantar mañana mismo para empezar a restaurar el tejido humano desde el hogar o la comunidad?

C.R.: Estar disponibles con presencia para conectar. Esa es la semilla clave. Nada reemplaza esto.

“Mi liderazgo sirvió para salvar mi propia vida”: dice mujer víctima de La Guajira



Edilma Loperena (sentada en la silla) dialoga con los integrantes del Pueblo Wiwa de La Guajira. Ella es una líder excepcional y maneja un discurso que repite a diario: las mujeres son iguales a los hombres y tienen los mismos derechos.



Cuando tenía 10 años, Edilma Loperena Plata estuvo a punto de ser entregada por su padre a un hombre mayor para *“sacarme el empeño”* o, según sus palabras, para *“quitarle la virginidad a una niña”*.

Corría 1982 y ella era entonces inocente como lo que más. De hecho, la chiquilla pensó en ese momento —incluso hoy en día— que su padre estaba haciendo lo que le correspondía como futuro guía espiritual del pueblo indígena Wiwa, en el sur de La Guajira.

“Tal vez (lo de ‘sacarme el empeño’) era un requisito para la formación de él. Mi madre, que era docente, había visto lo que les hacían a las niñas. Sin embargo, mi papá le decía que llevarme a ese lugar era necesario”, explicó la activista en reciente diálogo con el Grupo de Relacionamiento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP.

Pero, según recordó, *“mi mamá (Fabia María Plata) se opuso totalmente”* y, como una fiera, *“le dijo a mi papá: ‘A mis hijas no las voy a entregar jamás. A ellas las voy a educar’*.

Desde entonces, y gracias a la valentía de su madre —ella se separó de su esposo, entre otras cosas, por el tema de los equivocados planes que tenía para sus hijas—, la hoy dirigente entendió que las mujeres indígenas tenían derechos y que los hombres no eran más que ellas.

Eso se lo había enseñado también su abuela paterna, Mamá Tina, quien, si bien aprendió todas las tradiciones del Pueblo Wiwa, fue criada por los capuchinos y por eso, en parte, adquirió una educación atípica para una mujer indígena de su época. Es decir, la matriarca combinó sus dos enseñanzas y las transmitió a sus hijos y nietos.

Mamá Tina *“me enseñó muchas cosas: rezaba el rosario y también creía en sus prácticas”* ancestrales, indicó la lideresa, quien nació en la comunidad Gostemke del municipio de San Juan del Cesar (La Guajira) en un matrimonio de nueve hijos: seis mujeres y tres hombres.

Cuando empezó a entender el mundo, y los consejos de igualdad de su madre y de Mamá Tina se le habían metido hasta en la sangre, la hoy defensora de Derechos Humanos se concientizó de que para salir adelante y tener las mismas oportunidades de los hombres debía estudiar.

Entonces terminó el bachillerato y, contra viento y marea, se convirtió en técnica agropecuaria, una carrera que le ha dado muchas satisfacciones y también muchas amarguras, como las de hace 25 años.

Para 2001, la técnica agropecuaria era empleada de una entidad del Estado. Entonces tuvo que ir a un sector rural de San Juan del Cesar a atender un tema de animales y fiebre aftosa. En esa oportunidad, una de sus hermanas estaba con ella.

Luego de una jornada en la que vacunó a decenas de animales, se rindió y se metió en una hamaca a descansar. Cuando despertó de un ligero duermevela, se sorprendió al ver que estaba rodeada por muchos hombres y mujeres armados.

—Bueno, deben ser del Ejército—, comentó en voz baja, aunque le llamó la atención el hecho de ver a tantas chicas armadas.

—Sí, somos del ejército, del ejército del pueblo. Somos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia—, le respondió un guerrillero, al parecer el jefe de ellos, en tono sarcástico.

La activista sintió que se le había venido el mundo encima. Por su cabeza pasaron en segundos un millón de cosas y, con dificultad, trató de disimular el pánico que se había apoderado de ella. Jamás se había encontrado con guerrilleros frente a frente y menos con tantos a la vez.

—¿Usted es la señorita que anda vacunando por todos estos lados?—, le preguntó el guerrillero.

—Sí señor—, contestó asustada, mientras el corazón se le quería salir del pecho ante el temor de que algo malo le pasara.

Entonces apareció en escena la dueña de la casa. *“Mucho cuidado con ella”*, les dijo a los guerrilleros, quienes de inmediato empezaron a hacer graves y peligrosos señalamientos, seguramente por los logos que tenía el uniforme de la técnica agropecuaria.

“Sí, sabemos quién es ella y también que es paraca. En este momento ella queda retenida y protegida por nosotros”, dijeron.

De ahí en adelante fue poco lo que se habló. El guerrillero al mando del grupo se dirigió a la profesional y, sin rodeos, le dijo: *“Necesitamos que nos acompañe. La necesitamos para un trabajo”*.

De inmediato, una camioneta partió rauda hacia un campamento guerrillero y luego a la Serranía del Perijá. En su interior iba la mujer. Ella, durante el recorrido, fue obligada a utilizar pasamontaña.

Los primeros días fueron eternos para la secuestrada. Desde que amanecía hasta que anochece solo hacía vacunar ganado. En las noches pernoctaba en la casa de unos campesinos a los que los guerrilleros les pidieron que alojaran a la ilustre visitante.

Pero una noche llegó la maldad y también el horror.

Cerca del amanecer de un día de noviembre de 2001, la secuestrada fue sorprendida en su cama por un hombre con una particular voz que ella jamás ha olvidado.

“Usted se calla. Usted no va a decir nada. Usted es una mujer muy bonita. Usted sabe que es una mujer muy atractiva”, le dijo el hombre de la singular voz a la asustada mujer.

Casi 26 años después, ella recordó así aquella noche de terror: *“Yo solamente le escuchaba la voz. No lo veía. Eso fue casi a la madrugada porque al rato amaneció. Yo me opuse, pero él me pegó con un arma en la cabeza y me accedió (...) Yo me puse a llorar y me limpié la sangre de la cara”*.

Antes de irse, el violador le advirtió a su víctima: *“Si usted dice algo de lo que pasó, yo sé dónde encontrarla. Quédese calladita”*.

Aunque nunca vio su cara, la mujer abusada no tiene duda de que el violador *“era un jefe porque tenía voz de mando y porque accedió demasiado fácil al lugar donde yo estaba”*. Es más, una guerrillera que normalmente acompañaba a la secuestrada no apareció por ninguna parte la noche de la violación.

“Quedé marcada para siempre”, recalcó.

Apenas amaneció, la lideresa se levantó con un dolor en el alma que le era casi imposible esconder y con los deseos inmensos de gritarle a todo el mundo que había sido abusada sexualmente.

Sin embargo, optó por la prudencia y a los campesinos de la casa donde se hospedaba les dijo que se había levantado en la noche y que se había golpeado la cabeza.



En concepto de Edilma Loperena, “los guerrilleros de las FARC y los actores del conflicto armado tienen que entender que las víctimas los vamos a perdonar siempre y cuando reconozcan sus crímenes, pero si los siguen negando ese perdón no va a ser posible”.

La lideresa guajira, en uno de los talleres con las mujeres de su comunidad. Desde niña —según sus palabras—, ella entendió que para poder estar al mismo nivel de los hombres (e incluso por encima) tenía que estudiar. ¡Y así lo hizo!



“Yo estoy segura de que esos campesinos sabían lo que me había pasado”, recalcó la violentada mujer, quien cuando intentó ir a bañarse a un arroyo —para tratar de limpiar la barbarie de su cuerpo— recibió un consejo de oro de la dueña de la casa: *“Mejor báñese aquí”*.

En adelante, y haciendo de tripas corazón, la defensora de Derechos Humanos trató de hacer más llevaderos los días de su secuestro. Sin embargo, fue enviada a otro lugar a vacunar ganado. Allí el amo y señor era alias “el Cholo”, quien —de acuerdo con la víctima— *“empezó a tocarme, a irrespetarme”*.

“Yo lo que quiero es hacerla feliz. Eso no es nada”, le dijo “el Cholo” a la mujer, quien de inmediato pensó en voz alta: *“Este tipo me va a volver a violar”*. Entonces le pidió a Dios que la protegiera y que no permitiera que algo malo le volviera a suceder.

De pronto, para fortuna de ella, otro guerrillero interrumpió la conversación. *“A la doctora la está llamando Leonardo”* —o el jefe guerrillero de la zona—, dijo el insurgente, a lo mejor sin saber que acababa de salvar a una mujer valiente de una situación peligrosa.

“Quedamos pendientes”, le dijo “el Cholo” a la indefensa retenida, con mirada maliciosa. *“Ese señor era un tipo horrible e intimidador”,* señaló la mujer, madre de tres hijos.

Al poco tiempo, la secuestrada tenía en frente a “Leonardo”, quien le agradeció los servicios prestados a las FARC y le habló de una contraprestación por su trabajo: *“Nosotros le vamos a pagar, doctora”*.

—No se preocupe, señor, no me debe nada. Solo déjeme ir—, le dijo a “Leonardo” la angustiada secuestrada.

—Claro, doctora, pero un último favor: necesitamos que atienda a otro ‘personalito’ que hay por allá. No son muchas (reses)—, le respondió Leonardo a la mujer, quien apretó los labios y la lengua para no contarle que había sido violada por uno de los suyos.

Una semana más duró la mujer en poder de los ilegales. Una semana en la cual una guerrillera —conocida suya desde niña— le dijo que no dijera nada, entre otras cosas, *“porque la mujer aquí no es que valga mucho. Yo, por ejemplo, he tenido*

que abortar tres veces”.

“Le voy a pedir un favor —le dijo a su interlocutora de las FARC—: Si por alguna razón a mí me matan, busque a mi hijo y dígame que su mamá no era una guerrillera”.

Antes de permitirle irse, los guerrilleros le pidieron a la técnica agropecuaria un kit que ella utilizaba para atender animales. Ella accedió a la petición, sin modular palabra.

Entonces empezó el camino hacia la libertad. Caminó más de media hora hasta que llegó a una carretera donde la esperaba un camión. Nunca miró hacia atrás porque ella estaba segura de que le iban a disparar por la espalda. *“Si me van a matar que yo no vea”,* pensó.

Apenas se instaló en la parte delantera del camión, empezó a llorar sin parar. Se sintió humillada y ultrajada y de su memoria no se borraba el momento aquel en que fue violada por el guerrillero de la voz particular.

“Tranquila, ya está libre”, le dijo el conductor del camión, que le comentó además que estaban cerca del municipio guajiro de Villanueva. También le indicó dónde se abordaban los carros que iban para San Juan del Cesar.

Cuando llegó a San Juan del Cesar, se dirigió a la casa de su hermana. Se abrazaron como si nunca lo hubieran hecho en la vida. También lloraron y su hermana no se guardó un comentario: *“Por aquí estuvieron guerrilleros y dijeron que usted a lo mejor no regresaba”*.

Un rato después, invadida por la alegría —y también por la amargura—, salió a buscar a su hijo en el colegio de San Juan del Cesar. Lo abrazó, lo encendió a besos y le dijo como la buena madre que siempre ha sido: *“Jamás te volveré a dejar solo”*.

El día de la liberación, por la noche, le contó a su hermana que había sido abusada sexualmente durante el secuestro. Al día siguiente las dos fueron al médico. No estaba en embarazo y los resultados de los exámenes de laboratorio salieron buenos. Adicionalmente, por razones de seguridad, renunció al trabajo.

Quince días después, los ladridos de los perros despertaron a la técnica agropecuaria. De nuevo eran guerrilleros de las FARC. Le explicaron que su jefe, “Leonardo”, la necesitaba de nuevo.

“Doctora, lleve ropa para dos o tres días”, le sugirió uno de los alzados en armas.

“Duré ahí tres días. Los tres días más largos de mi vida”, contó la víctima de la guerrilla. “Leonardo”, adicionalmente, le dijo que si algún día quería hacer parte de las FARC, él se encargaba de que fuera una guerrillera con mando “porque usted es preparada e inteligente”.

Después de ese segundo secuestro, la lideresa entendió que no podía estar más ni en San Juan del Cesar ni en las comunidades Wiwa. Por eso se vino para Valledupar y arrendó un cuarto que compartía con una prima suya. Por ese mismo tiempo (principios del milenio), los paramilitares, a sangre y fuego, empezaron a hacerse con el poder en el Cesar y en parte de La Guajira y la guerrilla no tuvo más remedio que replegarse y tener contacto mínimo con la población.

Entonces la defensora de Derechos Humanos tomó un segundo aire.

Fue por esos mismos días también que ella, después de casarse, empezó a convertirse en lideresa. Unos primos suyos le dieron trabajo y de inmediato se le vino a la mente un pensamiento: *“Eso que me pasó a mí (en referencia a la violación) no le puede volver a pasar a ninguna mujer en el mundo”.*

Lo primero que hizo como lideresa fue reunir a otras mujeres para convencerlas de que los hombres no podían ser más que ellas.

También incursionó en la política a través del movimiento MAIS (Movimiento Alternativo Indígena y Social). *“Yo les hablaba a las víctimas, pero nunca quise contar que había sido víctima”,* observó la activista, quien aprovechó

una diligencia en la Defensoría del Pueblo para contar su historia de dolor.

Y, finalmente, llegó a la Jurisdicción Especial para la Paz, donde representa a su comunidad en los macro casos 3, 9 y 11.

De hecho, en la JEP, el año pasado, se encontró con el guerrillero “Leonardo”. En la audiencia le recriminó por haberla secuestrado dos veces y por la violación de que fue víctima. El rebelde intentó defenderse con el argumento de que las dos retenciones habían sido pacíficas.

“Pero fue contra mi voluntad”, le respondió ella, con rabia. “Uno de ustedes me violó y usted como jefe es responsable. Mi cuerpo fue botín de ustedes”, añadió.

Todas esas posturas fuertes por parte de la corajuda mujer le han hecho ganar admiradores, pero también enemigos.

Por ejemplo, en mayo del año pasado, un hombre con pasamontaña, cuya voz ella no pudo reconocer, se le acercó y le dijo: *“A mí me mandaron a quebrarla, pero no lo voy a hacer porque mi mamá a usted la quiere mucho”.*

Ella considera que seguramente el hombre era hijo de una mujer que ayudó en el pasado y que por eso le perdonó la vida. *“Mi liderazgo sirvió para salvar mi propia vida”,* enfatizó.

—¿Qué piensa del Proceso de Paz que hace 10 años sellaron el gobierno nacional y las FARC?

—Los guerrilleros de las FARC y los actores del conflicto armado tienen que entender que las víctimas los vamos a perdonar siempre y cuando reconozcan sus crímenes, pero si los siguen negando ese perdón no va a ser posible.



La lideresa guajira, en uno de los talleres con las mujeres de su comunidad. Desde niña —según sus palabras—, ella entendió que para poder estar al mismo nivel de los hombres (e incluso por encima) tenía que estudiar. ¡Y así lo hizo!



La magistrada de la JEP Reinere Jaramillo. De espalda, el coronel (r) David Herley Guzmán con uno de sus abogados.

El **infame asesinato**
por parte de militares
del desmovilizado
Luis Eduardo Escalante

Luis Eduardo Escalante entendió que sus días en la guerrilla de las FARC habían terminado y por eso decidió entregarse a las autoridades militares. Y así lo hizo —hacia mediados de diciembre de 2004— en el municipio antioqueño de Ituango ante integrantes del Batallón Contraguerrilla 79 del Ejército Nacional, al mando del entonces mayor David Herley Guzmán Ramírez.

De entrada, Escalante fue bien recibido por los militares. Seguramente ellos pensaron que él sería clave para conseguir información de las guerrillas en Ituango y Dabeiba. Sin embargo, los días pasaron y Escalante no fue tan efectivo como esperaban los hombres de Guzmán Ramírez.

Entonces el oficial en mención dio la orden de asesinarlo.

Así lo narró —el miércoles 11 de marzo de 2026— el exmilitar Wilmer Guerrero Mena durante el juicio adversarial que la Jurisdicción Especial para la Paz adelanta en contra de Guzmán Ramírez como presunto autor y coautor mediato de conductas constitutivas de crímenes de guerra y lesa humanidad ocurridos durante la época en que fue comandante del Batallón Contraguerrilla 79, entre 2004 y 2005.

Guerrero Mena nació hace 45 años en el municipio nariñense de Funes y en octubre de 2002 ingresó al Ejército Nacional. De acuerdo con su testimonio, Escalante se había tomado tanta confianza, se sentía tan seguro y estaba tan a gusto con los militares que les pidió permiso para ir a visitar a su familia en la vereda Las Camelias.

Le dijeron que sí, sin ningún problema.

Pero *“mientras el señor (Escalante) estaba visitando la familia, a mí me estaban dando una orden transmitida por mi mayor Guzmán”* y era dispararle, recordó Guerrero Mena, quien precisó que la orden criminal se la dio Guzmán al sargento Jaime Coral con las siguientes indicaciones:

“Que cuando el señor llegue, yo lo paro al frente, le pongo un plástico, le pongo un camuflado —porque él estaba en plan de desmovilización— y la orden era dispararle”.

El 22 de diciembre de 2004, después de visitar a su familia por 24 horas en Las Camelias, Escalante regresó cumplido y sumiso donde los hombres del Batallón Contraguerrilla 79.

Pero la muerte lo estaba esperando.

Escalante era de estatura media, delgado y de pelo crespo y castaño. El día que lo mataron vestía sudadera azul y botas de caucho. Y algo importante: desde el momento mismo en que se desmovilizó siempre estuvo desarmado.

“Llega el señor y yo le digo: ‘Caballero, párese allá que le voy a tomar una foto. El señor fue confiado. Se para allá. Yo cojo el fusil (y) le disparo en el

estómago. El señor pone la mano. Al lado mío estaba el soldado Castrillón Murcia y él le pega los otros dos impactos. El señor cae y muere”, confesó Guerrero Mena, con tranquilidad pasmosa.

En la diligencia del 11 de marzo, la magistrada de la JEP Reinere Jaramillo le pidió a Guerrero Mena que ampliara los detalles del momento en que él le dijo a Escalante que se parara en determinado sitio para tomarle una fotografía.

“La orden de mi (sargento) primero (Jaime) Coral era que cuando llegara el señor lo parara al frente, a 10 metros (...), y que yo le dijera que le iba a tomar la foto para los documentos de la desmovilización. Así se hizo (...) El señor se para allá y yo le pego el disparo en el estómago”, agregó el testigo.

Luego del asesinato de Escalante —según Guerrero Mena—, Guzmán Ramírez fue puesto al tanto de lo sucedido. El cadáver fue envuelto en un plástico y los uniformados alquilaron una mula para llevarlo hasta el corregimiento Santa Rita de Ituango.

—¿Qué pasa después de que el cuerpo es llevado a Santa Rita?—, le preguntó a Guerrero Mena la fiscal de la Unidad de Investigación y Acusación Sandra Patricia Ramírez.

—Ya es competencia de mi mayor (Guzmán) informar a la Brigada para que envíen el carro de la Alcaldía, la volqueta de la basura, para que el cadáver sea llevado a (la cabecera de) Ituango—, respondió el declarante.

—¿Esta persona (Escalante), al momento de ser ejecutada, representaba alguna amenaza para la tropa?

—Ninguna, doctora.

—¿El mayor Guzmán conoció de la ilegalidad de esta baja?

—Sí, claro.

—¿Se hizo simulación de combate?

—Como en todas las operaciones que se hicieron, siempre se hacía simulación de combate. Los que participábamos en la operación disparábamos las armas siempre.

Y, posteriormente, lo de siempre: hacer ver que Escalante era un guerrillero que había sido dado de baja en combate, y para los uniformados que participaron en el “operativo” felicitaciones por parte de Guzmán Ramírez y varios días de descanso.

“¿Qué les dijo el mayor Guzmán cuando regresaron del operativo?”, preguntó la fiscal al testigo. *“Lo que expresaba él era felicitaciones y que muy bien por el trabajo”*, contestó Guerrero Mena.



Parte de lo narrado por Guerrero Mena respecto del asesinato de Escalante fue corroborado en la audiencia contra Guzmán Ramírez por el exsoldado Víctor Hugo Fernández, quien cuando ingresó al Batallón Contra guerrilla 79 tenía apenas 19 años.

“La orden (del operativo que terminó con el asesinato de Escalante) la dio el mayor Guzmán al primero Coral y nos la dio a todos los del grupo. Nos formó y nos dijo que tocaba que ir por un desmovilizado que se le entregó a la (Compañía) Dinamarca y que traía un revólver”, explicó Fernández, de 41 años y natural del municipio de Risaralda, en el departamento de Caldas.

Después de que Escalante fue recibido por el grupo (España) del que hacía parte Fernández, *“el mayor Guzmán da la orden para que le den unos víveres*

para que él vaya hasta donde la familia y se despida (...) Ya después, cuando él iba a volver a regresar, ya salieron unos de la compañía a recibirlo, pero ya iban con la orden de que tenían que darlo de baja”.

—¿Quién da esa orden de que había que darlo de baja?—, le preguntó a Fernández la fiscal Sandra Patricia Ramírez.

—La da el mayor Guzmán.

—¿Por qué medio da esa orden el mayor Guzmán?

—Estábamos formando (...) y nos la dice a todos y al primero Coral.



Una de las abogadas de las víctimas, María Paulina Vergara. Al fondo, el coronel Guzmán Ramírez y uno de sus abogados.

Los familiares de las víctimas de Ituango y Dabeiba han asistido a algunas de las audiencias del juicio contra Guzmán Ramírez.



La fiscal ante Tribunal Sandra Patricia Ramírez, en compañía de su auxiliar Abraham Safar.



El coronel Guzmán Ramírez y uno de sus abogados.



Los magistrados de la JEP Reinere Jaramillo y Gustavo Salazar.

El 19 de diciembre de 2024, la Unidad de Investigación y Acusación acusó al coronel en retiro del Ejército David Herley Guzmán Ramírez por su presunta participación en las ejecuciones extrajudiciales y desapariciones de 18 personas cuando se desempeñó como comandante del Batallón Contraguerrilla 79 con sede en su momento en los municipios antioqueños de Dabeiba e Ituango.

De acuerdo con el escrito de acusación, Guzmán Ramírez (con grado de mayor para la época de los hechos), en compañía de otros miembros de la fuerza pública, y en asocio con organizaciones paramilitares del norte de Antioquia...

“realizó aportes esenciales en la comisión de homicidios contra personas protegidas por el DIH, desapariciones forzadas, y en algunos casos de tratos crueles, humillantes y degradantes contra un sector de la población civil, para obtener felicitaciones, y demás incentivos previstos en las disposiciones administrativas internas del Ejército Nacional”.

La mayoría de las víctimas mortales —presentadas falsamente como guerrilleros muertos en combate— fueron exhumadas de cementerios de Ituango y Dabeiba (como Las Mercedes). Al menos el 90% de ellas ya fueron identificadas preliminarmente por expertos de la Unidad de Investigación y Acusación.

Los hechos por los que se acusó a Guzmán Ramírez fueron perpetrados entre el 31 de agosto de 2004 y el 30 de noviembre de 2005 cuando el oficial en mención estuvo al frente del Batallón Contraguerrilla 79.

Según la acusación, Guzmán Ramírez se puso *“como ejemplo de los subordinados para la comisión de estos crímenes, lo que se advierte, al menos en el hecho del 31 de agosto de 2005, en los cuales el acusado toma las armas y última a la víctima”* o dio la orden de disparar con (...) *“ametralladora o granada al rostro de la víctima para desfigurar sus facciones, lo que fue cumplido por los soldados”* (...) en otro de los hechos.

De cómo el
sargento Coral
empezó a pecar
y se enseñó a
convivir con
la muerte

De acuerdo con el ex suboficial Jaime Coral, para él es muy importante que la sociedad sepa que es un hombre nuevo y, adicionalmente, que le está cumpliendo a su familia con una promesa fundamental: que no les está diciendo mentiras a las autoridades y mucho menos encubriendo a militares corruptos.

El ex suboficial Jaime Coral Trujillo es uno de los testigos clave de la Unidad de Investigación y Acusación en el juicio adversarial que la Jurisdicción Especial para la Paz adelanta en contra del coronel en retiro David Herley Guzmán Ramírez como presunto autor y coautor mediato de conductas constitutivas de crímenes de guerra y lesa humanidad ocurridas durante la época en que fue comandante del Batallón Contraguerrilla 79 del Ejército Nacional (2004-2005).

Coral Trujillo nació hace 58 años en el municipio de Palmira, pero se crio en Ginebra, Valle del Cauca. Su padre era un campesino nariñense y su madre una ama de casa huilense.

Coral Trujillo fue el cuarto de cinco hijos.

“Tuve una infancia bonita, sin violencia, en medio del deporte y los juegos”, le dijo Coral Trujillo hace un mes al Grupo de Relacionamento y Comunicaciones de la Unidad de Investigación y Acusación poco después de declarar en el juicio contra Guzmán Ramírez.

El 13 de septiembre de 1988, Coral Trujillo inició la carrera militar como suboficial y en 2004 llegó al Batallón Contraguerrilla 79 con sede entonces en los municipios antioqueños de Dabeiba e Ituango.

Ese día su vida cambió para siempre. Y también la de muchas personas.

Hasta ese 2004, antes de llegar al Batallón Contraguerrilla 79, ¿usted era un buen suboficial?

Hacia atrás, yo sí había cometido unos hechos (delictivos), pero eso fue en el Batallón Bolívar. Allá, un mayor, que hoy es general y está de asesor del Ministerio de Defensa, cometió un ‘falso positivo’. Consistió en ir hasta Miraflores (Boyacá). Por allá venía un campesino y él me ordenó a mí asesinar a esa persona. Eso fue a principios de 2004.

¿Eso ya lo saben las autoridades?

Sí, la Jurisdicción Especial para la Paz lo sabe.

¿Y cómo fue?

Me tocó dispararle a él (o al campesino). Fue la primera vez que yo cometí un ‘falso positivo’. Pero antes de eso, por allá, en 2002, en la vereda Juracambita (Zetaquirá, Boyacá), el Ejército se encontró con la guerrilla en una casa, se dio un combate y quedaron dos guerrilleros que querían entregarse. Pero un capitán decidió con unos soldados lanzarles unas granadas y los mataron. Desde ahí empieza uno a pecar. Yo era sargento viceprimero.

¿Qué se siente matar a una persona por primera vez?

La primera vez uno se siente como desgraciado, se siente mal porque uno sabe que hizo algo que está mal. Es algo que uno, como ser humano, sabe que no está bien.

Usted contó en la audiencia que horas antes de asesinar a dos personas que tenían retenidas les dio almuerzo, que compró unas gallinas para hacer un sancocho. ¿Qué sintió en ese momento del engaño?

Se siente uno mal porque uno está llenando (de comida) a una persona que se está como despidiendo. Me acuerdo de que esas dos personas estaban felices porque dentro de su inocencia no sabían que ya estaba dada la orden de asesinarlas.

¿El ser humano se enseña a convivir con la muerte?

Yo diría que sí. Eso se vuelve como una rutina. Eso le parece a uno como algo normal en la vida, pero la verdad es que uno le está haciendo daño a la sociedad.

¿Qué nota usted cuando en 2004 llega al Batallón Contraguerrilla 79?

Cuando llego a recibir la Compañía Canadá, trasladado del Batallón Bolívar, veo a unos soldados que no tenían experiencia en combate. Eran soldados que apenas estaban iniciando.

Y usted sí tenía experiencia...

Ya tenía experiencia del daño que había hecho en otros lados. El mayor Guzmán me contactó. Yo le conté mi vida y en qué lugares había estado. Entonces él me dijo que me necesitaba por la experiencia, que con la experiencia que tenía le iba a servir en su batallón.

Usted está dos años en el Batallón Contraguerrilla 79. ¿De ahí para dónde se va?

Salgo del batallón para Estados Unidos. Fue un premio que me dio un coronel por unos ‘falsos positivos’ que cometí. Fue en ese mismo batallón (Contraguerrilla 79) después de que se fue Guzmán. Yo di unos resultados y con eso el coronel me consiguió un curso en Estados Unidos —por tres meses— de desarrollo personal para formar suboficiales.

Usted también participó en el alevé asesinato de Jhon Jarvi Cañas, en agosto de 2005. Usted y el también suboficial Fidel Ochoa lo engañaron en Medellín para que horas después fuera asesinado. Más de 20 años después, ¿qué piensa de lo que hizo?

Era la primera vez que hacía una cosa de esas. Yo nunca había recogido una persona para asesinarla. En este caso en particular, el mayor (Guzmán Ramírez) nos había dicho que fuéramos a recoger (ciudadanos indefensos), que las unidades que estaban allá se sostenían con esas bajas de personas vulnerables. En este caso fuimos con el sargento Ochoa para recoger tres personas, pero eso no se logró.

¿Cómo es la historia de Jhon Jarvi Cañas?

El sargento Ochoa convenció a Jhon Jarvi, le gastó desayuno, le gastó pasajes y él se vino tranquilo con nosotros. Él nos contó que era reservista, que había pagado el servicio militar. Pero ya no había nada que hacer, ya todo estaba jugado. Si al mayor (Guzmán Ramírez) no le hubiéramos llevado nada, ahí hubiéramos tenido un problema con él.



El sargento Jaime Coral dice que si pudiera devolver el tiempo sería nuevamente militar, pero con una corrección de los errores del pasado: no volvería a perpetrar ejecuciones extrajudiciales y denunciaría a aquellos que las cometan. En la imagen aparece también el coronel David Herley Guzmán.



Para el exmilitar Jaime Coral, el perdón que le han concedido algunos de los familiares de sus víctimas no tiene precio. Un ejemplo claro de ello —dijo— fue el perdón que le otorgó la señora Amparo Cano, madre de Jhon Jarvi Cañas, quien fue asesinado por militares hace más de 20 años.

(La investigación de la Unidad de Investigación y Acusación, en cabeza de la fiscal ante Tribunal Sandra Patricia Ramírez Montes, da cuenta de que, en un paraje de la carretera entre Medellín y Dabeiba, los tres hombres —Coral, Ochoa y Cañas— se bajaron de un vehículo y que, al parecer, fue el propio Guzmán Ramírez el encargado de darle muerte a Jhon Jarvi Cañas).

¿Cuándo empieza usted a tener problemas con la justicia?

El 19 de abril de 2010 fui capturado por una orden de la Fiscalía General de la Nación. La captura estaba relacionada con unos hechos sucedidos durante mi paso por el departamento de Nariño. Fueron tres personas asesinadas en 2006 en la Divina Pastora. Después de la primera captura estuve un año detenido en una base militar de Facatativá (Cundinamarca).

¿Qué pasa por su cabeza cuando lo detienen por primera vez? ¿Pensó que se le había venido el mundo encima?

Hubo una reflexión. Entendí que me había tirado la vida. Yo tenía un niño de mes y medio de nacido. Todo se complicó. Yo pedí la baja del Ejército en junio de 2010. Entonces me quedé solo. Mis amigos me dejaron solo. Por allá (al sitio de reclusión) no fue nadie. En esos casos, a uno solo le queda la familia.

La familia lo acompaña, pero también lo cuestiona...

Cierto, pero yo no les conté ni a mi papá (por los años que él tenía) ni a mis hermanos lo que había hecho. No les conté porque creía que el problema lo resolvía yo. Yo terminé condenado a 60 años de cárcel, hasta que la Jurisdicción Especial para la Paz me concedió la libertad en 2018.

¿Qué pasa entonces en ese 2018 con su familia?

Cuando empezaron las audiencias de Dabeiba e Ituango, en Medellín, ahí empezó la familia a darse cuenta de lo que pasó. Recuerdo que mi hermano me llamó y me dijo: *“Hermano, ¿usted qué hizo? Acabo de ver una cosa suya por el canal institucional”*. Mis hermanas también me cuestionaron mucho.

¿Qué pasa cuando usted es condenado a 60 años de cárcel?

Pensé en que yo no me iba a quedar solo con el problema. Entonces empecé a denunciar en las fiscalías de Dabeiba e Ituango. También en la Fiscalía 13 de Derechos Humanos. Yo empecé a contar todo, a delatar todo. Pero la justicia ordinaria no hizo nada. Si hubiera funcionado, toda esa gente (que participó en ejecuciones extrajudiciales) estaría pagando (por esos crímenes).

¿Durante los ocho años que estuvo preso le confesó a su esposa los errores que había cometido?

Me tocó. Para esa época mis hijos tenían 12 y 13 años. *“Papá, ¿usted por qué está en este batallón?”*, me decían. Yo les respondía que porque había dado bajas, que por cosas de la guerra. A mi esposa le conté y se puso muy brava al principio, pero después me dijo que su deber era acompañarme hasta el final. Yo creo que eso fue lo más duro de todo.

¿Cómo fue el momento en que usted le contó a su esposa todo lo malo que hizo?

Fue muy duro. Una tragedia. Prácticamente salimos de pelea. Ella me dijo: *“Usted con hijos y con esposa y meterse en cosas que no podía hacer”*. La verdad no había forma de explicar y menos de justificar lo que había hecho. Lo único que les dije a mi esposa y a mis hijos era que estaba detenido por cumplir los caprichos de unos comandantes y también por errores míos.

¿Qué sintió cuando la familia se enteró de todo?

Descansé un poco. Algo curioso: cuando empezaron estas audiencias (en la JEP), los amigos me sacaron de todo. A mí me borraron de todos los grupos en los que estaba en WhatsApp.

¿Hoy en día su familia está del lado suyo?

Claro, está del lado mío. Mi hermano y mis hermanas, que son muy católicos, me dicen que tengo que pedirle perdón a Dios y a las víctimas para que estas cosas (como las ejecuciones extrajudiciales) no vuelvan a suceder jamás.

¿Cuándo empieza el cambio en su vida?

El cambio en mi vida empieza desde la primera vez que me condenan. Si antes no pensaba en Dios, empecé a pensar en Él. Recuerdo que me desanimé mucho y hasta me

descuidé en mi aspecto personal. Pero reflexioné y entendí que tenía esposa y tres hijos. Yo pensaba: *“Si tengo esposa e hijos, yo no puedo estar degenerado y mal arreglado”*. Yo estaba en Puente Aranda (Bogotá) y les dije que no vinieran a visitarme cada ocho días sino cada mes.

¿Usted qué hacía en la cárcel?

Yo trabajaba en el rancho pelando papas. Luego me fui a una lavandería a lavarles la ropa al resto de presos. Después hacía aseo, es decir, barría y trapeaba. En general yo pensaba: *“Tengo que cambiar de actitud”*. Entonces empecé a producir económicamente un poco y ya le podía ayudar a mi esposa para la leche y los pañales y para pagar algún recibo.

¿Qué recuerdo le dejó la cárcel?

Nada bueno. La cárcel no resocializa. La cárcel lo que llena es de odio.

¿Lloró mucho cuando estuvo detenido?

Oré y lloré mucho de arrepentimiento. Yo pensaba: *“¿Por qué me metí en esto si yo llevaba una buena carrera hasta el grado de sargento viceprimero?”*. Yo no había cometido ningún hecho (o ejecución extrajudicial) y había pasado por muchas unidades militares. La única unidad donde vine a embarrarla fue el Batallón Bolívar y allá (en Dabeiba e Ituango) con el mayor Guzmán. De ahí seguí para Pasto a hacer más daño. Mejor dicho, ya me había metido en ese cuento (de las ejecuciones extrajudiciales).

Cuando usted estuvo detenido, ¿pensaba en las víctimas?

Yo a las víctimas les tenía temor. Por ejemplo, a doña Amparo Cano (la madre de Jhon Jarvi Cañas) y a otras víctimas yo les tenía temor. Casi que tenían derecho a venírseme encima y darle una pela. Me lo merecía porque yo había cometido contra ellas unas faltas muy graves. Pero el apoyo psicosocial que recibimos de la JEP sirve mucho para las dos partes.

Doña Amparo Cano dijo que ya lo perdonó a usted, entre otras cosas, porque usted contó toda la verdad y le dijo cómo había muerto su hijo...

Sí, yo le agradezco mucho a ella que me haya perdonado. A veces yo la llamé o ella me llama y conversamos de

nuestras familias. En diciembre pasado, por ejemplo, doña Amparo me envió un video y me contó cómo adornó y alumbró su casa para la Navidad.

¿Y usted qué siente por eso?

Un descanso total. Yo prácticamente me siento integrado a la familia de doña Amparo y de (su hermana) doña Esneda. La verdad me hace falta llamarlas. La vez que doña Amparo me abrazó y me dijo que me perdonaba fue algo muy grande para mí. Ese abrazo todavía lo tengo aquí (señala su cabeza y su corazón y llora).

Durante el tiempo que estuvo detenido, ¿tuvo muchas presiones?

Claro que sí, que me quedara callado, que recibiera 300.000 pesos o unos tenis...

Como un poco barato su silencio...

(Risas) Eran unos descarados (en referencia a los militares que participaron con él en la comisión de ejecuciones extrajudiciales). Después llega él (o el coronel Guzmán) y me dice que quiere ser general y que yo declare en la Fiscalía que él nada tuvo que ver (en los hechos criminales de Dabeiba e Ituango).

El que lea esta entrevista podría pensar que usted se quiere hacer ver como una mansa paloma...

No, yo no quiero hacerme ver así. Aquí lo importante es que, para bien, haya un cambio espiritual de mi parte. Yo también aspiro a que la sociedad vea que hubo un cambio positivo de mi parte. Lo importante es estar bien con Dios y con uno mismo. Hablar con las víctimas y sacar estos procesos adelante da mucha tranquilidad y mucha paz. Yo noto que Dios empieza como a escucharlo a uno, como que Él dice: *“Este la embarró, pero no se ha soltado mi mano”*.

¿Quién es su guía espiritual?

Dios, primero que todo, y también mi esposa. Yo con ella estoy en el proceso de que debo reconocer todos mis errores. Ella me ha dicho que, si quiero que Dios y las víctimas me perdonen, debo contar toda la verdad, que no diga mentiras, que no encubra a nadie.

¿Cómo se ve usted a futuro?

Aportándole todo a la Jurisdicción Especial para la Paz y trabajando duro en los TOAR (o trabajos, obras y actividades con contenido restaurador-reparador) para cumplir mi sanción.

¿Tiene miedo?

Sí, porque de todas estas diligencias (y confesiones en la JEP) quedan enemigos.

Si pudiera devolver el tiempo, ¿sería de nuevo militar?

Sí, volvería al Ejército, pero no volvería a cometer ‘falsos positivos’. Me manejaría bien y denunciaría las cosas malas que se hacen en la institución.

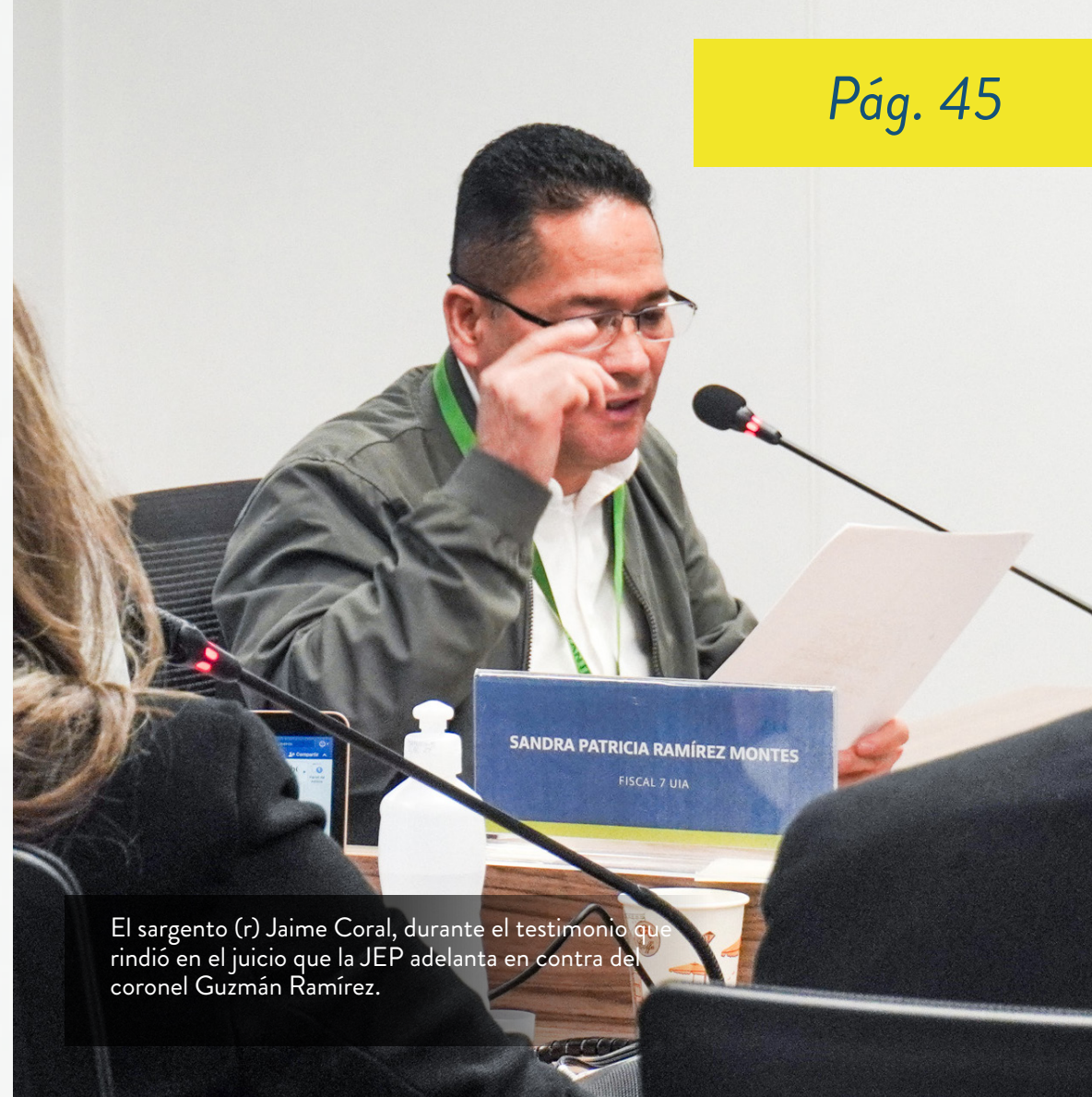
P.D.: El 19 de diciembre de 2024, la Unidad de Investigación y Acusación acusó al coronel en retiro del Ejército David Herley Guzmán Ramírez por su presunta participación en las ejecuciones extrajudiciales y desapariciones de 18 personas cuando se desempeñó como comandante del Batallón Contraguerrilla 79 con sede en su momento en los municipios antioqueños de Dabeiba e Ituango.

De acuerdo con el escrito de acusación, Guzmán Ramírez (con grado de mayor para la época de los hechos), en compañía de otros miembros de la fuerza pública, y en asocio con organizaciones paramilitares del norte de Antioquia *“realizó aportes esenciales en la comisión de homicidios contra personas protegidas por el DIH, desapariciones forzadas, y en algunos casos de tratos crueles, humillantes y degradantes contra un sector de la población civil, para obtener felicitaciones, y demás incentivos previstos en las disposiciones administrativas internas del Ejército Nacional”*.

La mayoría de las víctimas mortales —presentadas falsamente como guerrilleros muertos en combate— fueron exhumadas de cementerios de Ituango y Dabeiba (como Las Mercedes). Al menos el 90% de ellas ya fueron identificadas preliminarmente por expertos de la Unidad de Investigación y Acusación.

Los hechos por los que se acusó a Guzmán Ramírez fueron perpetrados entre el 31 de agosto de 2004 y el 30 de noviembre de 2005 cuando el oficial en mención estuvo al frente del Batallón Contraguerrilla 79.

Según la acusación, Guzmán Ramírez se puso *“como ejemplo de los subordinados para la comisión de estos crímenes, lo que se advierte, al menos en el hecho del 31 de agosto de 2005, en los cuales el acusado toma las armas y última a la víctima”* o dio la orden de disparar con (...) *“ametralladora o granada al rostro de la víctima para desfigurar sus facciones, lo que fue cumplido por los soldados”* en otro de los hechos.



El sargento (r) Jaime Coral, durante el testimonio que rindió en el juicio que la JEP adelanta en contra del coronel Guzmán Ramírez.



El otrora suboficial Coral lee un documento que le fue presentado por la Unidad de Investigación y Acusación durante el juicio por las ejecuciones extrajudiciales perpetradas en Ituango y Dabeiba.



El otrora militar Jaime Coral durante la entrevista que le concedió a la oficina de prensa de la Unidad de Investigación y Acusación.

Un trimestre positivo para la **UIA:**

nuevas sedes en Cali y Yopal



En el primer trimestre de 2026 se abrieron dos nuevas sedes territoriales de la UIA en Yopal y Cali, se fortaleció el trabajo interinstitucional en la regiones y se trabajó desde los territorios en pro de la reconstrucción del tejido social.

En el primer trimestre de 2026 se realizó la apertura formal de las oficinas de las sedes territoriales de la JEP en Yopal, Casanare, y Cali, Valle del Cauca.

La inauguración de las sedes fue presidida por Alejandro Ramelli, presidente de la Jurisdicción Especial para la Paz, y Giovanni Álvarez, director de la Unidad de Investigación y Acusación.

Los dos funcionarios destacaron los avances institucionales en el trabajo con las víctimas y el fortalecimiento de la entidad en los territorios.



Yopal

Desde la puesta en marcha del grupo territorial en Yopal, Jaime Enrique Alario, fiscal que lidera las acciones de la UIA en esta zona del país, sostuvo diferentes encuentros institucionales para socializar la misión de la Unidad, los casos de la JEP y los subcasos que se desarrollan en la región.

También para fortalecer el trabajo interinstitucional como una herramienta fundamental para garantizar los derechos de las víctimas del conflicto armado y contribuir a la construcción de paz en el territorio.

Para ello, por ejemplo, se reunió con Anderson Pinilla Sandoval, director Seccional de la Fiscalía en Casanare; Shirley Rincón

Márquez, defensora regional del departamento; Wilson Chavarro Jiménez, coordinador de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas; Marco Tulio Ruiz, alcalde de Yopal; coronel Pablo Javier Galindo, comandante de la Policía Nacional en Casanare; Laura Rocío Espinosa, procuradora regional, y Lyda Yaneth Quevedo, representante de la Fundación Yovany Quevedo Lazos de Vida.

Estos espacios de diálogo reafirman el compromiso con la construcción de paz por medio de acciones coordinadas que contribuyan al esclarecimiento de los hechos, la lucha contra la impunidad y la garantía de los derechos fundamentales en el departamento.



El director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez Santoyo, durante la inauguración de la sede de la entidad en Yopal, el 25 de febrero pasado.



El sacerdote Ferney Alfredo Andrade, de la Diócesis de Yopal, bendijo la oficina de la entidad en la capital de Casanare. Lo acompaña el fiscal Giovanni Álvarez Santoyo.



Fotografía de la inauguración de la oficina de la UIA en Yopal, en febrero pasado. De izquierda a derecha, la investigadora Luz Yoleidy Rodríguez; el director de la entidad, Giovanni Álvarez Santoyo; la representante de la "Fundación Yovany Quevedo Lazos de Vida, Lyda Yaneth Quevedo, y el fiscal territorial en la capital de Casanare, Jaime Alario.



Día Internacional de las Manos Rojas



Reunión con Lyda Yaneth Quevedo, representante de la Fundación Yovany Quevedo Lazos de Vida



Laura Rocío Espinosa, procuradora regional de Casanare



Shirley Rincón Márquez, defensora regional del departamento



Marco Tulio Ruiz, alcalde de Yopal



coronel Pablo Javier Galindo, comandante de la Policía Nacional en Casanare



Anderson Pinilla Sandoval, director Seccional de la Fiscalía en Casanare



Wilson Chavarro Jiménez, coordinador de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas en Yopal

Cali

Con el propósito de articular rutas de trabajo y consolidar la coordinación interjurisdiccional entre las jurisdicciones indígenas del territorio Nasa y la JEP, Edgar Omar Villamizar, fiscal de la UIA en Cali, participó en una mesa de trabajo en la que participaron autoridades y líderes indígenas de la Asociación de

Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN); del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC); de la Asociación de Autoridades Ancestrales Territoriales (Nasa Çxhaçxha), y de la Asociación de Cabildos (Nasa Uus).



El director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez Santoyo, durante la inauguración hace un mes de la nueva sede de la entidad en Cali. Lo acompaña el fiscal territorial Édgar Villamizar.



Autoridades civiles, judiciales y militares y de Policía, así como miembros de organizaciones humanitarias, se hicieron presentes en la inauguración de la oficina de la Unidad de Investigación y Acusación en Cali, el 18 de marzo pasado.



El director de la Unidad de Investigación y Acusación, Giovanni Álvarez, durante su intervención ante autoridades de Cali.



Mesa de trabajo entre la UIA y organizaciones indígenas del Cauca





Fiscal territorial en la conmemoración del Día de Delitos contra la Integridad Sexual



Audiencia de Observaciones de Víctimas de Magdalena Medio



Reunión de articulación en pro de los TOAR en Magdalena Medio



Rendición de cuentas de la Personería de Bucaramanga

Bucaramanga

La fiscal del grupo territorial de la UIA en Bucaramanga asistió a diferentes actividades en el territorio.

Por ejemplo, acompañó la jornada en conmemoración del Día de Delitos contra la Integridad Sexual —radicados en Santander—, en el marco del Plan De Acción Territorial (PAT) 2024-2027; la audiencia de observaciones de víctimas a las versiones de comparecientes brindadas en el Subcaso Magdalena Medio, del Caso 08 de la JEP y la Audiencia Pública de Rendición

de Cuentas —vigencia 2025— de la Personería municipal de Bucaramanga.

De igual manera, participó en una reunión de articulación con la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN), la Secretaría Ejecutiva de la JEP y firmantes del Acuerdo de Paz que tuvo como objetivo socializar las agendas comunitarias y los Trabajos, Obras y Actividades con contenido Restaurador y Reparador (TOAR) que se llevarán a cabo en Magdalena Medio.

Florencia

Con el objetivo de presentar la misionalidad de UIA, profundizar en los macrocasos de la JEP y destacar la importancia del trabajo descentralizado de la entidad en pro de la construcción de paz y de las víctimas del conflicto armado, Henry Montenegro, fiscal (e) de las labores de la UIA en Florencia, Caquetá, adelantó reuniones de relacionamiento con Diego Felipe Pinto, secretario de Planeación Departamental, y Adolfo Alejandro Meneses, inspector de Policía Ambiental y Minera del municipio.

Asimismo, Uber Arley Llanos, director de la Unidad de Restitución de Tierras -URT- de Caquetá; Fausto Andrés

Ortiz, rector de la Universidad de la Amazonia; Dalila Morales, coordinadora de la Oficina de Paz; Luz Dary Oviedo, enlace de desminado humanitario de la Gobernación de Caquetá, y con el brigadier general Luis Fernando Salgado Romero, comandante de la Sexta División.

Además de lo anterior, conversó con los líderes de la Asociación de Desplazados los Atos del municipio de La Montañita, Caquetá y con Yesika Torres, integrante de la mesa departamental de víctimas.





Encuentro académico con estudiantes del consultorio jurídico de la Universidad Cooperativa con sede en Neiva



Quimberly Ninoska Trujillo, defensora regional de Huila



Jornada de pedagogía dirigida a víctimas y organizaciones de víctimas



Neiva

Rosabel Flórez, fiscal del grupo territorial de la UIA en la capital de Huila, conversó con estudiantes del consultorio jurídico de la Universidad Cooperativa (sede Neiva) en un encuentro académico en el que presentó la misionalidad de la Jurisdicción Especial para la Paz y la función de la Unidad de Investigación y Acusación en lo que respecta al proceso adversarial y dialógico.

En articulación con la Procuraduría General de la Nación, desarrolló una jornada de pedagogía dirigida a víctimas y a sus

organizaciones que promovió la participación ante la JEP como actores principales aportando al diseño, la implementación y el monitoreo de acciones restaurativas.

Finalmente, se reunió con Quimberly Ninoska Trujillo, defensora regional, para resaltar la importancia de trabajar de forma articulada para fortalecer la atención a las víctimas del conflicto armado y, de esta forma, garantizar sus derechos.



Edison Baltazar Rodríguez,
procurador regional



Nellyreth Pérez Naranjo, coordinadora
regional de la Unidad de Búsqueda de
Personas dadas por Desaparecidas



San José del Guaviare

Cristiam Isnardo Alfonso, fiscal territorial de la UIA en el departamento de Guaviare, sostuvo varias reuniones de relacionamiento en las que explicó la misionalidad de la entidad y en las que estrechó los lazos interinstitucionales ratificando el compromiso de trabajar articuladamente en pro de las víctimas en el territorio.

Durante el trimestre se reunió con Farid Camilo Castaño, alcalde de Calamar, Guaviare; con Edison Baltazar Rodríguez, procurador regional; con Leidy Ximena Borda y Vanessa Alejandra Vallejo, profesionales de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia (MAPP/OEA) en el departamento; con Nellyreth Pérez Naranjo, coordinadora



Leidy Ximena Borda y Vanessa Alejandra
Vallejo, profesionales de la MAPP-OEA

regional de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas; con María Yanet Cárdenas, presidenta de la Asamblea en el departamento; con monseñor Jesús Alberto Torres Ariza, obispo de la Diócesis de San José del Guaviare y con Rafael Alejandro Aristizábal, oficial de seguridad regional y especialista en inteligencia criminal en el departamento de seguridad de las Naciones Unidas en Guaviare.

Además, se unió a la conmemoración del Día Internacional de las Manos Rojas y asistió a la socialización del primer Informe Semestral de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia (MAPP/OEA) y al primer Comité de Justicia Transicional de 2026.



Farid Camilo Castaño, alcalde de Calamar, Guaviare.



Primer Comité de Justicia Transicional del año



Monseñor Jesús Alberto Torres Ariza, obispo de la Diócesis de San José del Guaviare



Socialización del primer Informe Semestral de la MAPP-OEA



Día Internacional de las manos Rojas



Representante del departamento de seguridad de las Naciones Unidas en Guaviare



María Yanet Cárdenas, presidenta de la Asamblea en el departamento

Quibdó

En el marco del plan de acción del grupo territorial de la UIA en Quibdó, Chocó, y considerando los desafíos para el 2026 para seguir garantizando la efectiva participación de las víctimas del territorio ante la JEP, durante el primer trimestre del año Diana Mosquera, fiscal regional, adelantó reuniones de articulación y relacionamiento.

En conjunto con la Biblioteca Departamental Arnoldo Palacios, la Fundación Círculo de Estudios, la Fundación Andamio y la Coordinación Regional del Pacífico, trabajaron en una estrategia

que apunta a la consolidación de acciones restaurativas que permitan —a través del arte y la cultura— sanar los daños ocasionados a las víctimas en el marco del conflicto armado.

Adicionalmente, se reunió con Rafael Bolaños, alcalde de Quibdó, y con funcionarios de su despacho para abordar el subcaso Chocó que adelanta la Jurisdicción Especial para la Paz y la importancia de coordinar acciones en beneficio de las víctimas del municipio en el marco de las competencias de las dos entidades.



Reunión de articulación con la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas



Planeación de la conmemoración del Día Nacional de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado



Reunión con el Foro Interétnico Solidaridad Chocó



Reunión Secretaría del Interior de la Gobernación de Chocó



Reunión de trabajo con la Biblioteca Departamental Arnoldo Palacios, la Fundación Círculo de Estudios, la Fundación Andamio y la Coordinación Regional del Pacífico



Rafael Bolaños, alcalde de Quibdó y funcionarios de su despacho

Pasto

En el desarrollo del relacionamiento institucional, la Fiscalía de la UIA en Pasto coordinó una reunión de trabajo con Luis Alfonso Escobar Jaramillo, gobernador del departamento de Nariño.

Asimismo, Pablo González, fiscal de la sede ubicada en San

Juan de Pasto, asistió a la instalación y la primera sesión del Comité Departamental de Justicia, espacio en el que se asumió el apoyo al eje misional de “Acceso a la Justicia”, en el marco del Convenio Interinstitucional entre la Jurisdicción Especial para la Paz y la Gobernación de Nariño.



Turbo

Lázaro Vivero, fiscal territorial en Turbo, Antioquia, planificó jornadas de divulgación y difusión para víctimas ubicadas en el Urabá Antioqueño.

Para ello, se reunió con la gestora de la Alcaldía de Apartado y la representante de la Fundación Víctimas de Violencia Sexual.



Inauguración del laboratorio de antropología forense en Pereira



Delegadas de la Defensoría del Pueblo en la región



coronel Oscar Ochoa, comandante de la Policía Metropolitana



Jornada de capacitación al departamento de Policía de Risaralda



Reunión con el mayor Leandro Pinzón Bravo, fiscal penal militar y policial del departamento de Risaralda

Pereira

Henry Anibal Romaña —fiscal (e) del grupo territorial de la UIA en Pereira—, en el primer trimestre del año, realizó reuniones de relacionamiento con el objetivo de socializar la misionalidad de la Unidad y fortalecer el trabajo interinstitucional en la región.

Durante este período se reunió con el coronel Oscar Ochoa, comandante de la Policía Metropolitana; con el mayor

Leandro Pinzón Bravo, fiscal penal militar y policial de Risaralda, y con delegadas de la Defensoría del Pueblo.

Adicionalmente, asistió a la inauguración del laboratorio de antropología forense del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses que prestará sus servicios al Eje Cafetero y participó en una jornada de capacitación al departamento de Policía de Risaralda.

Sincelejo

María Bernarda Díaz Arroyo, fiscal de la UIA en Sincelejo, lideró un encuentro a propósito de los ocho años de funcionamiento de la entidad.

En el acto conmemorativo participaron víctimas del conflicto armado y delegados de la Gobernación de Sucre, de la Defensoría del Pueblo, de la Policía Nacional y de la Fiscalía General de la Nación.

También el enlace territorial de la Fundación

Instituto para la Construcción de la Paz (FICONPAZ) y diversos actores de la sociedad civil, quienes reafirmaron su compromiso con el fortalecimiento del Sistema Integral para la Paz.

Además, coordinó una reunión de articulación con Víctor Teherán Benavides, subsecretario de asuntos de paz de la Gobernación de Sucre, en la que se trazó un plan de trabajo en favor de las víctimas del departamento.



Encuentro interinstitucional en el marco de los ocho años de la UIA



Encuentro interinstitucional en el marco de los ocho años de la UIA



Reunión con Víctor Teherán Benavides, subsecretario de asuntos de paz de la Gobernación de Sucre

En línea con la

UNIDAD

*de Investigación
y Acusación*

Revista Virtual